

CI

3



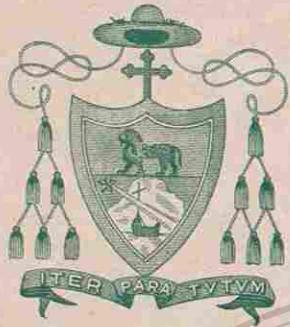
ROMANCES

HISTORICOS



PQ 7177
P4

003373

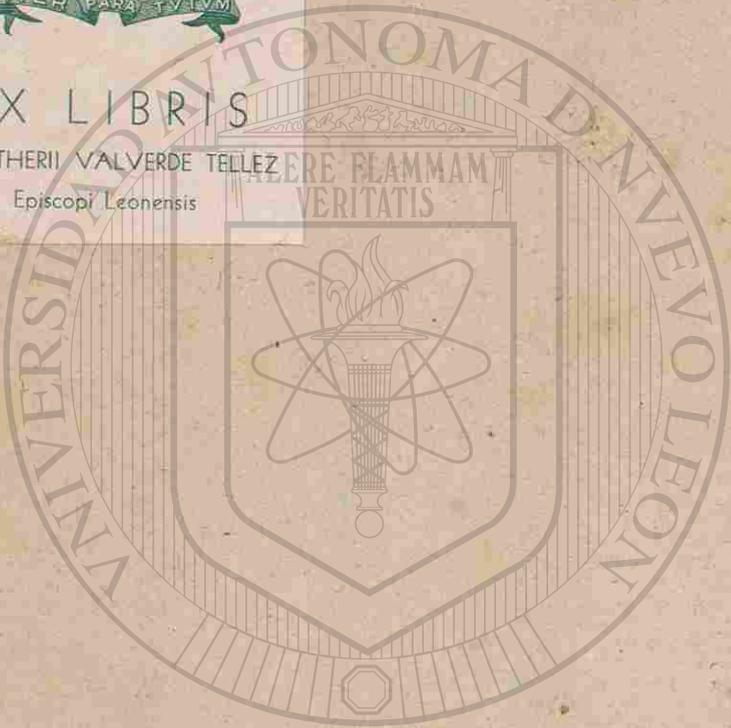


1080019190

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

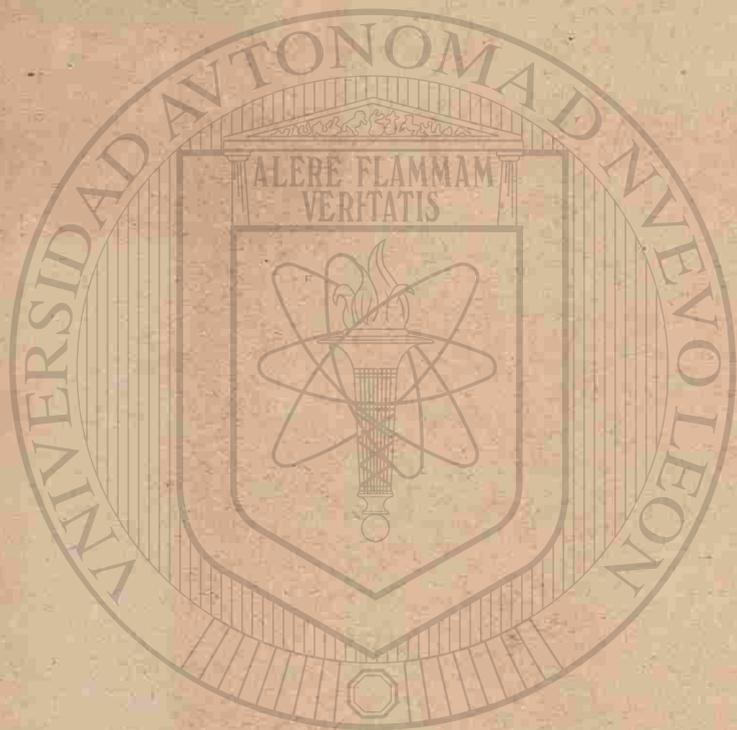


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ROMANCES

HISTÓRICOS MEXICANOS

DE

JOSÉ PEON Y CONTRERAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MÉXICO

IMPRESOS POR DIAZ DE LEON Y WHITE
Calle de Lerdo número 2.

M.DCCC.LXXIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



PA 7177

49

ROMANCES



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LA RUINA DE AZCAPOZALCO

AL SEÑOR DON MANUEL PEREZ DE HERMIDA

ROMANCE I

IXTLIXOCHTEL.— EL PROSCRITO.

Con aire grave y sombrío,
 El entrecejo enarcado,
 Descompuesta la mirada,
 Y el enjuto rostro pálido,
 El rey de los tepanecas
 Tezozomoc el tirano,
 En un salon de su augusta
 Morada de Azcapozalco,

003373

De un extremo al otro extremo
Pasea sobresaltado,
Como herida fiera en torno
De su cubil solitario.

El esplendor de Tezcucó,
Su gloria, sus adelantos
En las artes, en la industria
Y en la ciencia de los astros,
En él la ambición despiertan
De los honores y el mando,
Y al demonio de la envidia
Alberga en su pecho avaro.

Huye de su alma el sosiego,
A los mortales tan grato,
Y huye el sueño de sus ojos
Y de su hogar el descanso.

No olvida ni un solo instante
Que del gran Xolotl* es vástago,
Y de Acolhuacán el cetro
Regir debiera su mano.



* Primer rey de los chichimecas y fundador de Acolhuacán.

Como en tempestosa noche
Súbito brilla el relámpago,
Así brota en sus pupilas
De fulgor siniestro un rayo;

Y con un brusco y nervioso
Movimiento, el raudo paso
Detiene, se agita, duda,
Y la voz al fin alzando,

Llama á dos nobles caudillos
Que son de Otompan y Chalco
Señores, y así con ronco
Acento, hablóles airado:

—«Ya sabréis, nobles guerreros,
Súbditos míos y aliados,
Que Ixtlilxochitl Ome Tochtli,
Rey y Señor se ha jurado

En Huexotla, há pocos días,
Del Imperio Tezcucano,
Haciendo á mi estirpe ultraje,
Mi derecho atropellando.

En los montes de Tlaxcalan
Y en sus valles acampado,
Con huestes innumerables
Amenaza mis estados.



Y como es fuerza se acaben
 Tan funestos desacatos
 Que amenguan de mi coronado
 El esplendor soberano,
 Reunid á vuestros parciales,
 Y con cautelosos pasos,
 Llegad, cruzando las selvas,
 Hasta el enemigo campo.
 Allí, pedidle á Ixtlilxochitl
 Una entrevista; el incauto,
 Sin escolta, hasta vosotros
 Se acercará temerario;
 Mas antes que una palabra
 Se desprenda de sus labios,
 Entrambos de un solo golpe
 Y sin compasion, matadlo.
 Idos..... y tened presente
 Que aquí la victoria aguardo;
 Que el porvenir de mis reinos
 Desde hoy queda en vuestras manos.
 Dice, y su adusto semblante
 Se anima con un extraño
 Gesto, que es dulce sonrisa,
 Que es incomparable halago.

Para aquellos dos magnates
 Que, sumisos y temblando,
 Salen de la régia cámara,
 Donde al resplandor escaso
 Del crepúsculo sombrío,
 Torvo, mudo y cabizbajo,
 En mil confusos proyectos
 Quedóse el rey abismado.
 Una tarde, cuando apenas
 El sol con lánguidos rayos
 Del Iztachihuatl doraba
 Las cumbres desde el ocaso,
 Ixtlilxochitl separóse
 De sus gefes y soldados,
 Que á parlamentar le invitan
 Los del enemigo bando.
 Él se aleja, el gozo inunda
 Su altivo semblante franco,
 Y sus indómitas huestes
 Le ven partir sin cuidado.

¡Ay! ¡infeliz! no presume
Que los nobles emisarios
Que le esperan, sus verdugos
Han de ser en breve plazo.

No lo presume, y tranquilo
En su valor descansando,
Llega á los embajadores

Con andar sereno y tardo;
Mas antes que una palabra
Murmure el monarca, rápidos
Sobre él se arrojan, cual tigres,
El de Otompan y el de Chalco.

El rey se turba, no asombra
Ni hiela su alma el espanto;
Mas paraliza su brío
De aquella sorpresa el pasmo.

El golpe alevoso hiere
La regia frente, y del campo

De los acolhuas un grito
Se alzó llenando el espacio:

«Traicion, Tezcuco; á las armas» —

«Azcapozalco» — exclamaron

Los tepanecas, saliendo
De los bosques inmediatos;

Y á poco, al tender la noche
Su gigantesco sudario,
Tiñó la sangre á torrentes
La verde alfombra del llano.

Y el poder de sus contrarios
Nada el valor ni el esfuerzo
Pueden, si el sino es contrario;

Y en tan espantoso día,
Al perder los tezcucanos
Su sangre, su rey, su gloria

En aquel encuentro infausto,
De la esclavitud al peso
La altiva frente humillaron.

Nezahualcoyotl, el hijo
De Ixtlilxochitl, sin amparo,
De los traidores oculto
Entre el follaje de un árbol,

Contempló, con honda pena,
De su padre el sanguinario
Drama, y el fin desastroso
De sus valientes soldados.
Y al comprender su desdicha,
La impotencia de su brazo,
La injusticia de los dioses,
Y el poder de sus contrarios,
Desde el fondo de su pecho
Inundado por el llanto,
Jura exterminio y venganza
Al torpe rey, que arrojando
Al infortunio sus días,
Ha deshecho en mil pedazos
El trono que sus mayores
En Acolhuacan fundaron.



El destino en las tinieblas
De sus profundos arcanos
Oculto, tal vez por siempre,
Del noble mancebo el astro.

Alegres huellan sus plantas
Las rosas de quince Mayos,
Y el sol de sus ilusiones
Aun no vislumbra su ocaso,
Cuando ya los bosques cruza
Huérfano y desheredado,
De amor y de paz hambriento
Y de desventuras harto.
Aquel que en selvas de flores
Miró deslizarse el carro
Donde la infancia abandona
Sus pasajeros encantos;
Aquel que en un régio alcázar
Tras mil ensueños dorados
Miró el oriente, la aurora
De los juveniles años,
Recorre, como las fieras,
Espavorido los campos,
Sin hogar ni mas consuelo
Que el amor de sus vasallos,
Hasta que de penas tantas
Y de tanta angustia al cabo,
Y merced á la exigencia
De los reyes mexicanos,

De quienes era el proscrito,
 Príncipe, pariente amado,
 Tezozomoc le permite
 Retornar con sus hermanos.
 A Tezcuco, emporio y norte
 De sus lisongeros cálculos,
 Dándole allí señoríos,
 Y de Cilam el palacio,
 Donde entregado á las letras
 Pasó dos lustros escasos,
 De los negocios del mundo
 Lejos y de sus engaños.

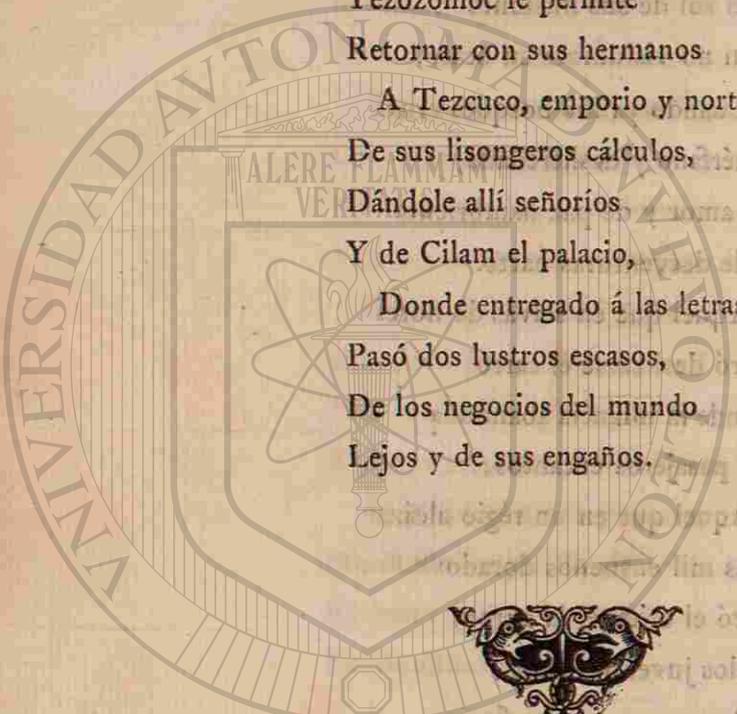


El fuego que ardía en su pecho
 A pagar y honrar por el mundo
 El invencible de los años
 Nieve en su frente imponente
 Nieve por no ser deshecho
 Ni se derretir en el tiempo
 Que el rey Abilán le mandó
 Que en un teatro cristal cubierto
 Y por sus cines rigurosos

ROMANCE II

El Ensueño.

Tezozomoc en un lecho
 Perennemente reposa,
 Que el peso de la existencia
 Sus flacos hombros encorva;
 Sus fuerzas enerva y rinde;
 Deslustra la brilladora
 Pupila que en otros tiempos
 Fué de sus pueblos antorcha;



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



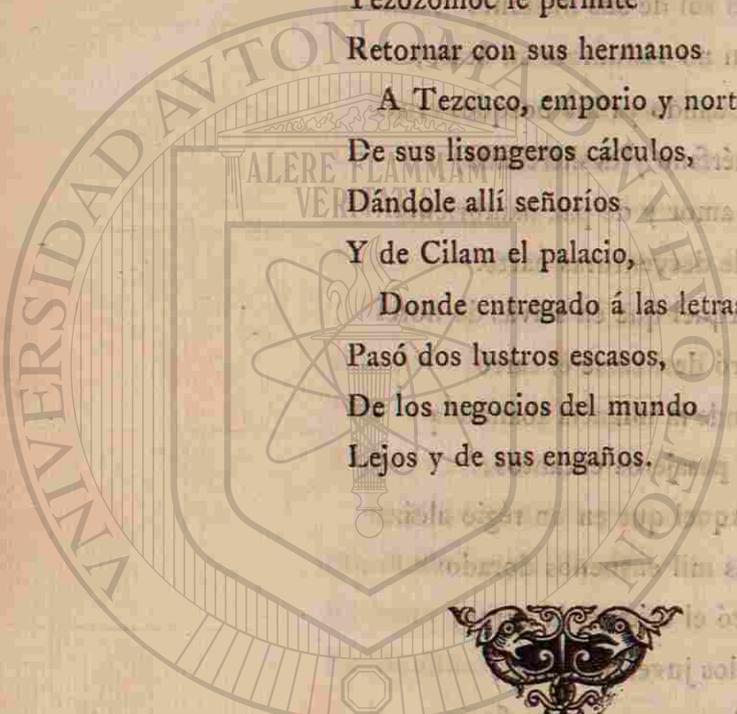
De quienes era el proscrito,
 Príncipe, pariente amado,
 Tezozomoc le permite
 Retornar con sus hermanos.
 A Tezcuco, emporio y norte
 De sus lisongeros cálculos,
 Dándole allí señoríos,
 Y de Cilam el palacio,
 Donde entregado á las letras
 Pasó dos lustros escasos,
 De los negocios del mundo
 Lejos y de sus engaños.



ROMANCE II

El ENSUEÑO.

Tezozomoc en un lecho
 Perennemente reposa,
 Que el peso de la existencia
 Sus flacos hombros encorva;
 Sus fuerzas enerva y rinde;
 Deslustra la brilladora
 Pupila que en otros tiempos
 Fué de sus pueblos antorcha;



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El fuego que ardió en sus venas
 Apaga, y hora por hora
 El invierno de los años
 Nieve en su frente amontona;
 Nieve que no se deshace
 Ni se derrite ni agota,
 Que ni hay Abril ni Verano
 Que su terso cristal rompa;
 Y por eso entre algodones
 Lo arrebuja y lo escoran,
 Y á su corte se presenta
 Como un fantasma, una mómia
 Que desde el frío sepulcro
 Dictando sus tenebrosas
 Leyes, rige á sus vasallos
 Y los tiraniza y doma.

Es ya de noche; una noche
 Invernal y tempestosa;
 Frío el viento, rebramando
 De las regiones del bóreas,

Llega á estrellarse á las tapias
 Reales, y en una alcoba
 De su palacio, el tirano
 Tezozomoc se sofoca,
 Lejos de aquel delicioso
 Sueño que su alma ambiciona,
 Y perdido en los abismos
 De pesadilla horrorosa.
 Siente que un enorme peso
 Su seno oprime y ahoga,
 Y en una triste penumbra
 Mira de pronto, aun mas lóbrega,
 Tendidas las negras alas,
 Una inmensa mariposa
 Que vuela al principio lenta
 Del aire en las ténues ondas,
 Y despues acrecentando
 Sus flebes giros, azota
 Las pardas nieblas, con una
 Rapidez vertiginosa.
 En vano el monarca intenta
 Apartar de ella sus torvas
 Miradas.....do quiera siguen
 La carrera prodigiosa

De la voluble fantasma,
Que sin detenerse, sorda
Zumba en contorno, y la vista
Del rey enturbia y disloca.

Sus ojos giran violentos
Entre sus áridas órbitas,
Y ni el dolor, ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.

Al fin, la vision horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornizon, y tiende
Sutiles y vaporosas

Sus luengas alas, que poco
A poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.

Empero, en el mismo instante,
Ve el rey una mancha roja,

Que es leve punto primero
Y que en progresion pasmosa

Se acrecienta, se dilata,
Y una gran montaña forma

Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas

Se incrustan, como engarzadas
En monton, unas sobre otras,
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,

Que abrasadas, trecho á trecho,
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Las corrientes bramadoras.

Mira, por último, alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rebatiendo
Sus dos alas ponderosas,

Una águila gigantesca,
Negra, erizada, monstruosa,
Que le mira con candente
Pupila fascinadora;

Que tiende el vuelo al espacio,
Que á las nubes se remonta,

Y luego sobre él se lanza
Tan rápida como arroja

El arco la flecha aguda
Que el viento silvando corta.

El rey, que apenas alienta
Con débil y estertorosa

Respiracion, se horripila,
 Y se contrae, y apoya
 En una mano la frente
 Por la cual heladas gotas
 De sudor copioso corren
 Y ambas mejillas le mojan.
 Y ve al águila ya cerca
 Que retrocede y se encorva,
 Que dando un revuelo, al cabo
 Fiera sobre él se desploma,
 Y en su ya desnudo seno
 Enclava las garras corvas,
 Hiende sus carnes, el pico
 En sus entrañas ahonda,
 Y hambrienta, insaciable, bebe
 Y apura su sangre toda.
 Entonces el rey despierta
 Dando un grito agudo, torna
 En redor los grandes ojos,
 Y se palpa y tiembla y llora;
 Lloro de susto, y con voces
 Que la muda estancia asordan,
 Clama por su servidumbre
 Que acude á su acento atónita.

Está en el regio aposento
 Una anciana temblorosa,
 Que habla con triste semblante
 Y con lenta voz monótona.
 Sus ojos, cual si quisieran
 Penetrar las vagas sombras
 Del porvenir, están fijos
 Hacia adelante, y sus hocas
 Miradas prende en sus labios
 El rey, que, con alma absorta,
 No pierde una sola frase,
 Y ni una sílaba sola.
 — « Esa mariposa negra,
 Sombria y aterradora,
 Era el vengador espíritu
 De Ixtlilxochitl que aun te acosa.
 Las víctimas de los reyes
 Ni en el sepulcro perdonan,
 Y la paz del alma, dulce,
 En este mundo les roban.

— Prosigue.....

— Aquella montaña

Gigantesca y portentosa,
Es tu trono, que enrojece
La sangre de tus victorias.

— ¿Y aquellos cráneos horribles?

— De tu carrera despótica

Las víctimas inmoladas
Son, y en las cuales reposan
Las columnas de ese trono
Que te sostiene.....

— Y las olas
De aquel mar de fuego?

— El tiempo

Significan, que á espantosa
Nada tornarán bien pronto
Tu poderío y tu gloria.

— ¿Y ese mónstruo sanguinario?

Murmuró el rey con voz ronca,
Llevando una mano fría
A su frente sudorosa.

— ¿El águila?

— Sí, contesta.

— Te anuncia que vengadora

La saña de un hombre fuerte
Destrozará tus coronas.....
¡Le estoy mirando!

— A quién miras.....!

— A él, al rey de los Acolhuas.

— ¿Nezahualcoyotl?

— Al mismo;

Al águila poderosa
Que ha de saciar en tus reinos,
Su hambre, su ambición, su cólera;

Que no ha de ver en sus días,
Tardes, ni noches, ni auroras,
Y cuyo nombre famoso
Y grande será en la historia.

— « ¡ Mientes ! » exclamó el monarca

Furioso; « sella tu boca » —

Ea, ¡llamad á los príncipes,
Que quiero hablarles ahora!

« Sí, sí, que el traidor perezca,

Perezca su estirpe toda,

Y ni de su nombre quede
En mis dominios memoria. »

Dice el rey; sangrienta espuma
Entre sus labios borbota,
Y huye la bruja espantada
Por una salida próxima.

Ante el rey de Azcapozalco
Estaban, á pocas horas,
Tayatzin, Teuctzintli y Maxtla,
Infantes de la corona.

Y á todos tres iracundo
Ordena que, sin demora,
Prendan al príncipe ilustre
Nezahualcoyotl, que pronta
Muerte le den sus secuaces
Donde quiera que le cojan,
Y ofrece un premio al que lleve
A cabo acción tan gloriosa.

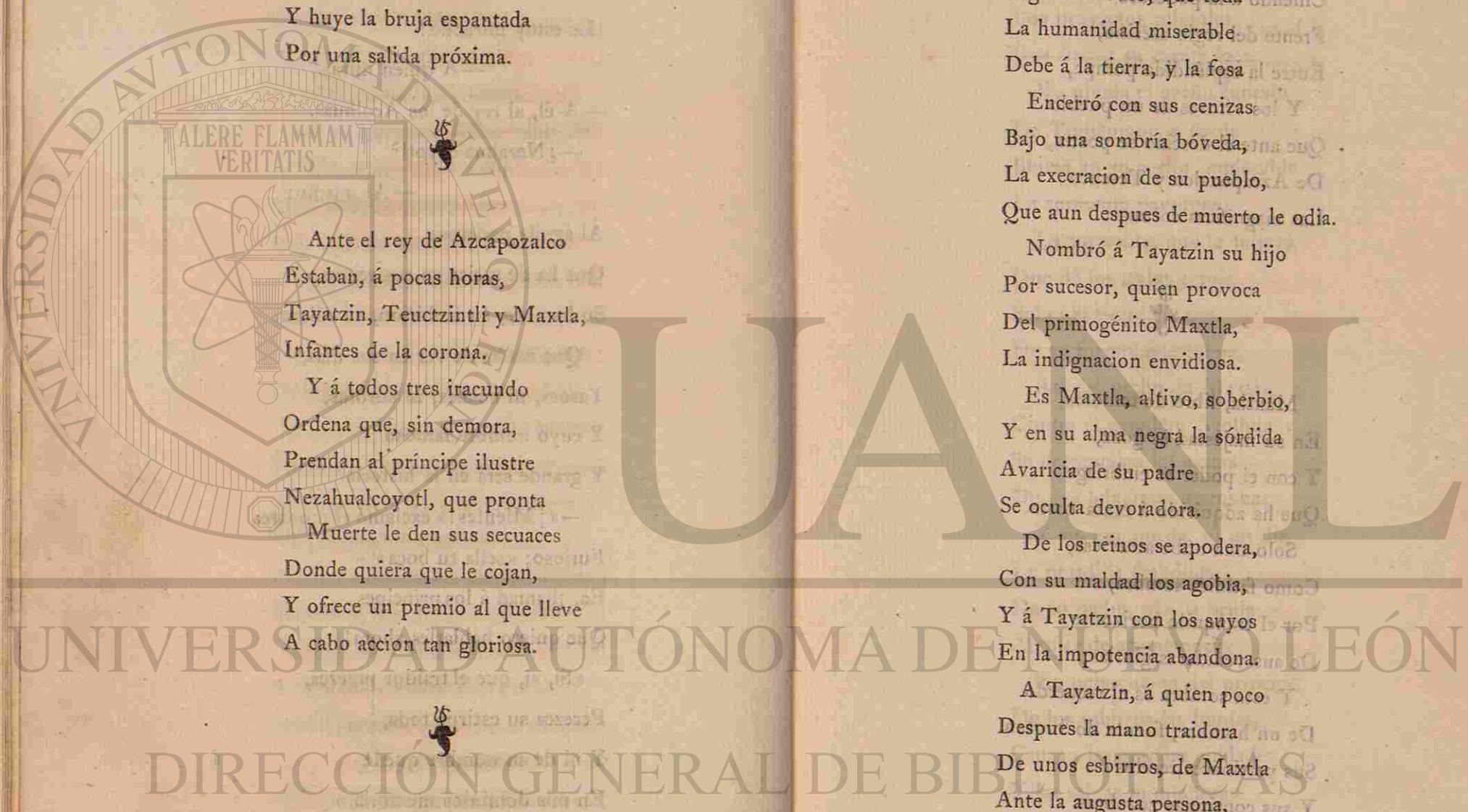
Tezozomoc muy en breve
Pagó el tributo, que toda
La humanidad miserable
Debe á la tierra, y la fosa
Encerró con sus cenizas
Bajo una sombría bóveda,
La execración de su pueblo,
Que aun despues de muerto le odia.

Nombró á Tayatzin su hijo
Por sucesor, quien provoca
Del primogénito Maxtla,
La indignacion envidiosa.

Es Maxtla, altivo, soberbio,
Y en su alma negra la sórdida
Avaricia de su padre
Se oculta devoradora.

De los reinos se apodera,
Con su maldad los agobia,
Y á Tayatzin con los suyos
En la impotencia abandona.

A Tayatzin, á quien poco
Despues la mano traidora
De unos esbirros, de Maxtla
Ante la augusta persona,



Y por su orden, le dan muerte,
 Ciñendo á la poderosa
 Frente del regio asesino,
 Entre la espléndida pompa,

Y los vítores de un pueblo
 Que ante el destino se postra,
 De Azcapozalco y Tescuco
 Las magníficas coronas.

Maxtla, libre de temores
 En su majestad se goza,
 Y con el poder se embriaga
 Que ha adquirido á tanta costa.

Solo una nube atraviesa,
 Como fatídica sombra,
 Por el tranquilo horizonte
 De sus venideras glorias;

Y esta sombra es el recuerdo
 De un hombre, fuente do brotan
 Sus pertinaces recelos
 Y sus continuas zozobras.

Nezahualcoyotl, sombrío
 Se le aparece, y trastorna
 Los proyectos colosales
 Que fragua su mente loca.

No olvida el sueño funesto
 De Tezozomoc, y sorda
 Brama en su pecho implacable
 La tormenta pavorosa;

La tormenta, que lo mismo
 Que de los cielos arroja
 Sobre la tierra las iras
 De su formidable cólera,

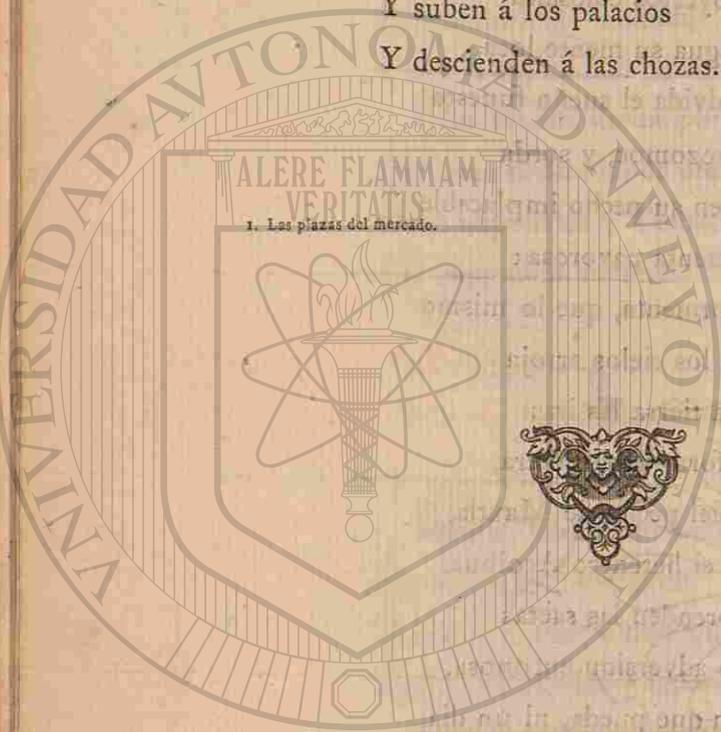
Así del pecho de Maxtla,
 Contra el heredero Acolhua,
 Se desprenden las saetas
 De una adversion enconosa.

Y sin que pueda, ni un día,
 La pesadilla diabólica

De su padre, ni á la bruja
 Arrojar de su memoria,
 En persecucion del príncipe,

De los esbirros las hordas,
 Cruzan las grandes ciudades,
 Y las selvas montañosas.

Los Teocallis escudriñan,
Y los Tianguis' alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.



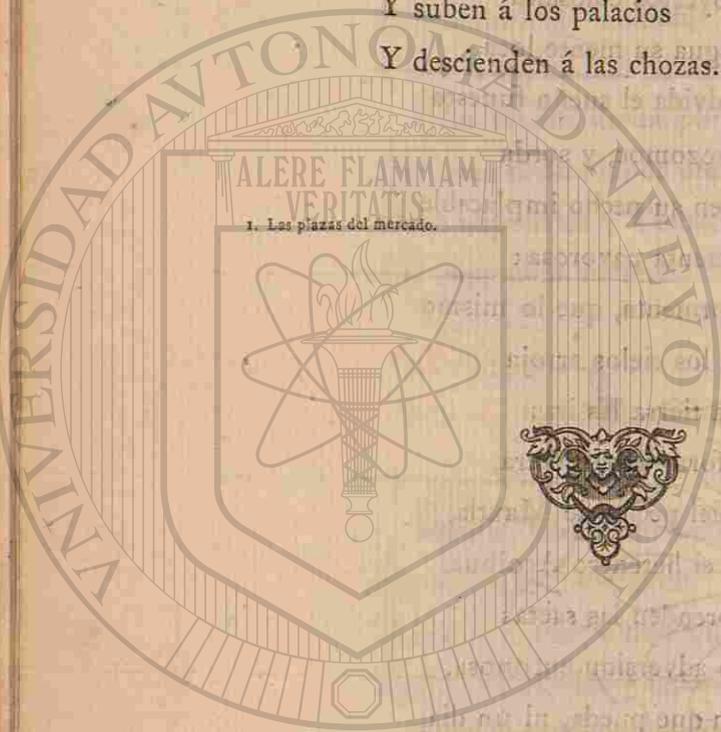
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pié de verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la márgen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tápias envejecidas.

Los Teocallis escudriñan,
Y los Tianguis' alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pié de verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la márgen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tápias envejecidas.

Y á cuya puerta da sombra
Una secular oliva,
Tendiendo las verdes ramas
Que eterna paz simbolizan.

En ella moran tranquilos
Un anciano, y una viva
Y traviesa y cariñosa

Doncella, su amor, su dicha.
Nanche se llama el anciano,

Nezahualxochitl la niña,
Y Nanche y Nezahualxochitl
Son dos almas y una vida ;

Son una flor en su tallo,
Son, del mar en las orillas,

Una perla en su rugosa
Y áspera concha escondida.



Era una noche muy triste,

Y lánguida y amarilla,

Llegando al zenit la luna

Su lánguida luz vertía.

La jóven, como una sombra
Impalpable y fugitiva,
Por sus velados jardines
La leve planta desliza;

Cuando de pronto el anciano
Se le aparece, y solícita
Nezahualxochitl al verle,
Gozosa se le aproxima:

— Padre mio, á tales horas

Por estos sitios caminas,

Cuando tus ojos apenas

Distinguen la luz del día ?

Dame tu mano y revélame

Dónde vas.....

— Sígueme hija,

Nanche contesta, y torciendo

Por una calle en que agita

A diestra y siniestra el manto

De los arbustos, la brisa,

Llegaron á una pequeña

Esplanada, do la vista

Entre tristes sempazúchiles

Y saúces mustios, divisa

De una blanca sepultura

La negra losa sombría;

Y cerca de ella, y en donde
 Alumbra Febe divina,
 Detiene el paso el anciano,
 La frente dobla, suspira,
 Y de sus párpados lenta
 Se desprende á sus mejillas,
 Una lágrima que acaso
 Del ánima comprimida,
 Es el único consuelo
 De prolongadas vigiliás.
 Despues, tendiendo una mano
 Mientras que la otra fria
 Y temblorosa sostiene
 Su cuerpo, que ya se inclina
 A la tierra, doblgado
 Por la edad y la fatiga,
 Murmura con voz pausada:
 —«Allí está Tiata, hija mia,
 Era Tiata mi embeleso,
 Era mi única delicia;
 Creció feliz á mi lado,
 Como has crecido tú misma
 Pura, modesta y hermosa,
 Y recatada y sencilla.

Era su pecho inocente,
 Sin doblez y sin perfidia,
 Como lago sin tormentas,
 Como rosal sin espinas.
 Huitzilihuitl, el monarca
 De Tenuchtitlán un día
 Vió su beldad, y una nube
 Cruzó el cielo de mi vida.
 No puso á sus piés un plomo,
 Ni puso un velo á su vista,
 Ni á sus labios un candado,
 Ni coraza á su codicia.
 ¡Ay! robómela el infame,
 Robómela en hora impia,
 Y la deshonra en mi frente
 Grabó sus cárdenas tintas.
 Eternos días horribles,
 Largas noches de vigilia,
 Pasé sin Tiata....era Tiata,
 De una vez sábelo, mi hija.
 El grande rey Ixtlilxochitl,
 A quien los dioses bendigan,
 Se conmovió de las penas
 Y las desventuras mias.

Y en mi socorro acudiendo
A Huitzilihuitl obliga
A devolverme el tesoro
De mi insaciable avaricia.

Tiata al hogar desolado,
Al Eden de su familia,
Tornó temblando, una tarde,
Melancólica, intranquila;
Al llegar á mi presencia
Clavó en el suelo la vista,
Y, cual un raudal, el llanto
Nubló sus negras pupilas.

Como las flores que arrastran
Los vientos por la campiña
En las noches de Atemoxtlí,¹
Eternas, tristes y frías,

Así á la infelice Tiata
Miré mustia y abatida,
Blanco el color de sus labios,
Y sin sangre sus mejillas.

Lloró, lloré; el llanto nuestro
Se confundió en una misma
Corriente, cual sus dolores
Nuestras almas confundian.

¹ Diciembre.

Mas nada bastó; las penas
Mataron á Tiata el día
Que tú naciste; tú eres
De Huitzilihuitl la hija.

Murió el verdugo hace tiempo;
Allí está en polvo la víctima;
Tu madre infeliz, que goza
De Tonatiuh¹ las delicias!

Hoy que siento que mis fuerzas
Me abandonan y declinan,
Te he revelado el secreto
De mis angustias continuas.

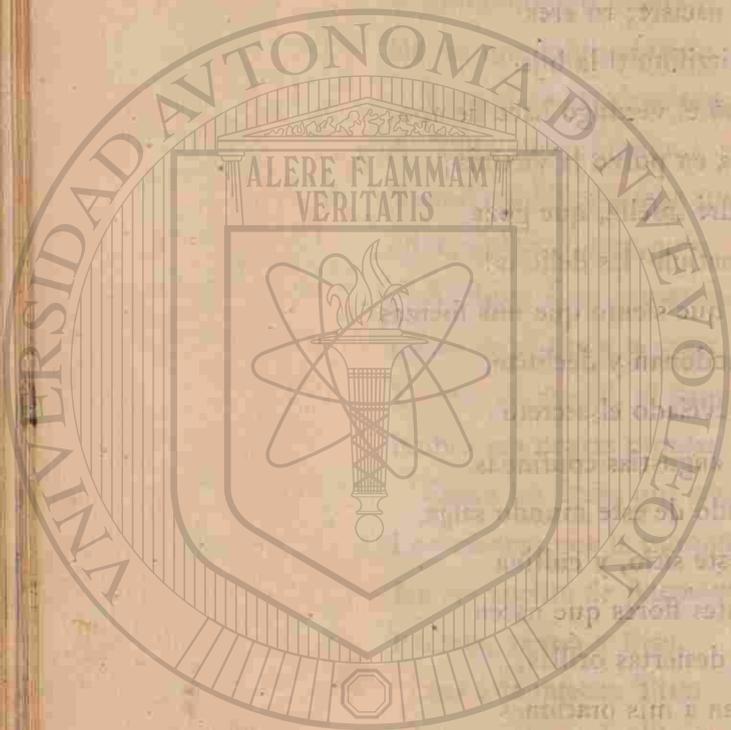
Cuando de este mundo salga,
Ven á este sitio, y cultiva
Las tristes flores que nacen
En sus desiertas orillas;

Suplan á mis oraciones
Tus oraciones sencillas;

Tu dulce llanto á las tristes
Y amargas lágrimas mías.»

Cesa la voz del anciano,
Nezahualxochitl suspira,
Y ante la tumba cayeron
Ambos á dos de rodillas.

¹ El Sol.



ROMANCE IV

LA HOSPITALIDAD.

Está avanzada la noche,
Y dulce, apacible y diáfana
Va rodando en los espacios
Febe, su disco de plata.
Nanche á su aposento torna,
Y las desdichas pasadas
Entrega en brazos del sueño
Que sus sentidos embarga.



Mas Nezahualxochitl sola,
Misteriosa y desvelada,
Aun de sus vastos jardines
Por las arboledas vaga.

Acaso encierra su pecho
Alguna ignota esperanza,
Y al hondo silencio fia
Los secretos de su alma.

Acaso un leve suspiro
Que de su seno se escapa,
De los zéfiros livianos
Vuela en las flébiles alas.

Tal vez recuerda su mente
Que ha visto en una mañana,
A la hora en que alegre y bella
En la cuna sonrosada,

Confunde su luz el día
Con los crespones del alba,
Pasar una sombra errante
Entre dos verdes montañas.

Que aun mira se le figura
La imagen gentil, gallarda,
De un mancebo que corria
Y ásperas cimas trepaba,

Como el Coyametl¹ que huye,
Entre breñas y entre zarzas,
Del brazo que lo persigue
Tras de la innúmera jauria;

Aun se finje que le mira
Perderse allá en lontananza,
Al través de los arbustos
Y el follaje de las ramas.

Y por el mismo sendero
A poco ve que se lanza,
En pos de aquel fugitivo,
Un tropel de gente armada

Que corre de un lado al otro,
Que se detiene, que avanza,
Que camina irresoluta,
Que á conferenciar se pára,

Bien como duda y vacila
El ojeador que en la caza
Pierde la pista y no sabe
Dónde la fiera se guarda.

Tal sueña la pobre jóven,
Intranquila y desvelada,
Que por las calles desiertas
De sus arboledas vaga.

En tanto, avanza la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Aún por el espacio rueda
Febe, su disco de plata.

¿Qué ruido es ese? acaso
Del viento perdida ráfaga,
Que sobre las hojas secas
Las hojas secas levanta?

¿O lo forma por ventura,
De alguna ave inmensa el ala,
Que al huir veloz azota
De los arbustos, las ramas?

¿O es una enorme ceraste
Que cautelosa se arrastra,
Y entre malezas y abrojos
Los sueltos anillos pasa?

Nezahualxochitl, inquieta,
Vuelve el semblante azorada
Por todos lados, y ansiosa
Piensa en tornar á su casa.

Cuando distingue una sombra
Que con rapidez avanza,
Y se aproxima hácia ella
Temerosa y recatada.

¿Quién será? tiembla la jóven,
Y resuelta, al fin, escapa
Por una calle, mas solo
Unos breves pasos anda,

Cuando á su oído un acento
Llevó en sus ondas el aura:
«Detente un punto, detente,»
Oyó decir con voz clara.

Empero Nezahualxochitl
Cada vez mas asustada,
No camina... corre, vuela,
De su hondo pánico en alas;

En un instante se acoge
Al dintel de su morada;
Mas oye pasos, y atónita

Volviendo hácia atrás la cara,

Mira que el bulto de un hombre,
De un tilmatlí¹ entre las anchas
Plegaduras embozado,

Casi toca á sus espaldas.

¹ A manera de capa que usaban los aztecas.

Y escucha á la par confusos
Ecos de humanas pisadas,
Y de voces que no lejos
Entre la sombra se enlazan.
Entonces la jóven grita,
Y á su clamor, angustiada
Contesta la voz de Nanche
Que del blando lecho salta.
—¿Qué ocurre, hija mia?
—¡Auxilio!
¡Venid, socorro!
—¿Qué pasa?
—¡Padre, mirad!....
Al reflejo
De las rutilantes llamas
De una tea, que el anciano
Lleva en la mano, se pasma
Nezahualxochitl, que súbito
Reconocen sus miradas
A aquel mancebo gallardo
Que en la selva solitaria,
Huía por un sendero
Entre dos verdes montañas.

Y baja el rojo semblante
En tanto que Nanche exclama:
—¿Quién eres?
—¿Quién soy?
— Tu nombre!
—¡Nezahualcoyotl!
Te llamas
Nezahualcoyotl? ¡el hijo
Del gran monarca! Y enclava
Nanche en el rostro del príncipe
Sus pupilas dilatadas;
—¡Ah! sí..... ya te reconozco,
Tú eres mi rey; ¿qué me mandas?
—No pierdas el tiempo, ¿tiene
Una salida excusada
Esta mansion?
— Sí por cierto;
—Pues la senda me señala.
—Nezahualxochitl la sabe;
¿Mas ese rumor.....
—De Maxtla
Son las tropas, que me siguen,
¡Y soy muerto si me alcanzan!
—Pues corred, yo las espero,
Huid; aquí las aguarda

Mi lealtad, mi cariño
Y mi gratitud sin tasa;
Y que el hijo de Ixtlilxochitl
Con los altos dioses vaya.

Calló Nanche, y en lo oscuro
Vió desvanecerse rápidas,
Del príncipe y de la jóven
Las sombras, como fantasmas.

Nanche, intrépido, á la puerta
De su mansion sosegada,
Mira á las tropas reales
Que llegan desordenadas.

Brilla á la luz de la luna
El reflejo de sus armas,

Y el gefe de ellas, mirando
A Nanche que las aguarda,
Deteniéndose soberbio

A no muy corta distancia,
Con fiero ademan altivo
De esta manera le habla:

—A ese traidor insensato
Vimos entrar en tu casa:
Ríndete pues, y á los míos
Enseña la puerta franca.

El rey tu señor, mi amo,
Así lo quiere y lo manda;
Paso, paso! y que se cumpla
Su voluntad soberana.

—Te equivocas, dice Nanche,
Con aterradora calma;
Antes perezca mil veces
Que permitirte la entrada.

—¿Niegas que el príncipe infame
Tras ese muro se guarda,
Cuando con mis propios ojos
Lo he visto?

—No niego nada.

—Lo confiesas....

—En mi vida
Supe mentir.

—¿Y qué aguardas?

—No has de entrar en este asilo.

—¿Quiéres morir?

No me espanta

La muerte, cuando me alienta
La fé de una justa causa.

— Eres anciano.....

— Mis ojos

De ver la luz ya se cansan.

— Morirás entonces.

— Y antes

Que se cumplan tus palabras,

Hollarás cien y cien veces

Mi cadáver con tus plantas.

— Adelante.....!

— Atrás.....!

La lucha

Desigual y sanguinaria,

A la faz de las estrellas

En un instante se traba.

La pica del noble anciano

Hunde al primero que avanza,

La cabeza, y cae al suelo

Como una pesada masa.

Se exasperan los contrarios,

Se oyen mugidos de rabia,

Y el iztli¹ el espacio hiende

En las puntas de las lanzas.

¹ Pedernal.

De pronto Nanche vacila,

Se bambolea y se escapa

De su pecho hondo sollozo

Y con él envuelta su alma.

Sobre el cuerpo los esbirros

Unos tras los otros pasan,

Y los venerables restos

Aun palpitantes, ultrajan.

A los aposentos entran;

Buscan, mas al fin no hallan

Al príncipe á quien creían

Asegurado en sus garras.

Y revolviendo furiosos,

Al campo otra vez se lanzan,

Como Coyotles¹ hambrientos

En las llanuras de Anáhuac.



La tibia luz de la aurora

Viste al oriente de nácar,

Y á los primeros albores

De aquella dulce luz blanca,

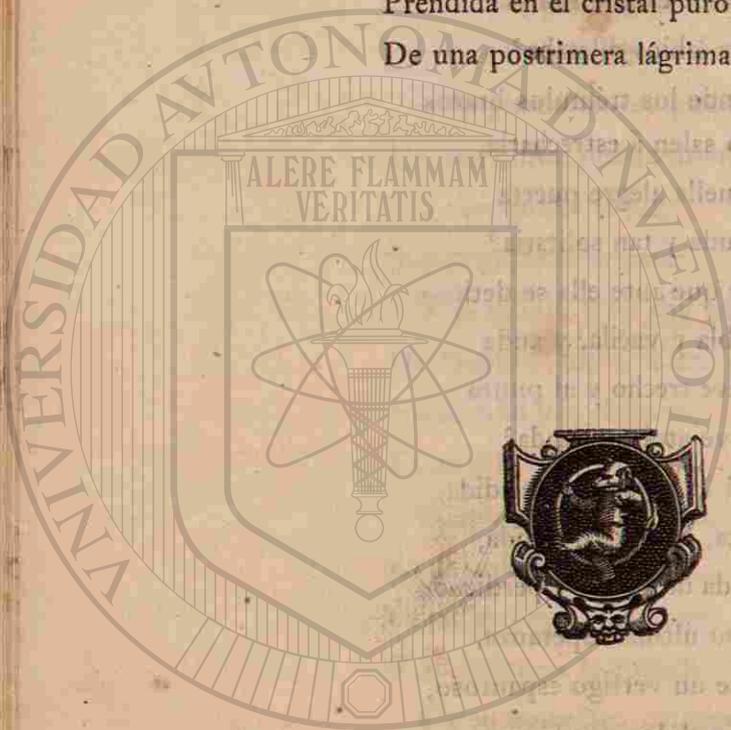
¹ Especie de chacales.

Se ve bajar por los campos
 A una jóven que agitada
 Muestra en sus ojos la dicha
 Que sus tiernos labios cantan.
 «No pierde un rey poderoso,
 Un rey nunca pierde nada,
 Si á sus iguales adora,
 Si con princesa se casa;
 Y él es rey, y yo soy hija
 De Huitzilihuitl y Tiata;»
 Estos eran sus cantares,
 Estas eran sus palabras.
 Alegre, gentil, risueña,
 La colina al fin traspasa,
 Cruza sus bellos jardines
 Y se detiene á la entrada
 De su mansion..... algo ha visto
 De sombrío en lontananza;
 Algo de fúnebre y triste
 En las puertas y en las tapias.
 Se le figura que el viento
 Solloza triste si pasa,
 Y que los árboles gimen
 Si el aire silba en las ramas.

¿En dónde están de su padre
 Las cariñosas miradas?
 ¿En dónde está la sonrisa
 Que sus labios dilataba?
 ¿Dónde los trémulos brazos
 Que no salen á estrecharla,
 Por aquella alegre puerta
 Tan muda y tan solitaria?
 ¿Por qué ante ella se detiene,
 Y tiembla y vacila, y anda
 Un breve trecho y al punto
 Se vuelve atrás asustada?
 ¡Ay! lo ignora, y decidida,
 Resuelta, convulsa, pálida,
 Entra, da un grito, y perdiendo
 Al fin su última esperanza,
 Siente un vértigo espantoso,
 Siente un dolor que la mata;
 Cierra sus ojos, y rueda
 Por el suelo desmayada.....

 Vió á Nanche, á Nanche tendido,
 Tintas en sangre las canas,
 E inmóviles las pupilas
 En donde acaso aun brillaba

Una chispa de fiereza,
De lealtad, de constancia,
Prendida en el cristal puro
De una postrimera lágrima.

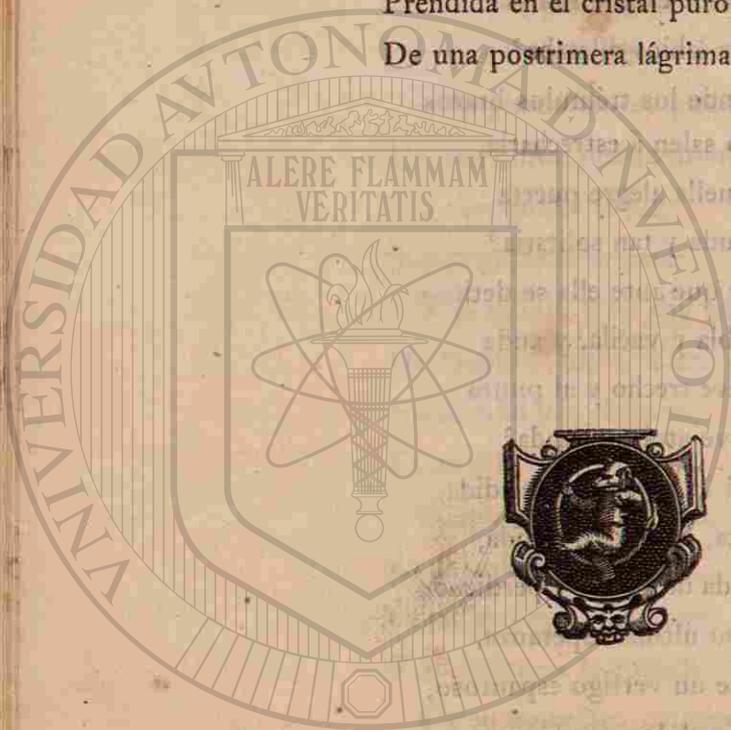


ROMANCE V

LA EMBOSCADA.

Nezahualcoyotl, al cabo
De peligrosos empeños,
Y de sufrir donde quiera
Pesares y contratiempos;
De luchar con el destino,
Siempre á su fortuna adverso,
Hora á hora, día á día,
Brazo á brazo, pecho á pecho;

Una chispa de fiereza,
De lealtad, de constancia,
Prendida en el cristal puro
De una postrimera lágrima.



ROMANCE V

LA EMBOSCADA.

Nezahualcoyotl, al cabo
De peligrosos empeños,
Y de sufrir donde quiera
Pesares y contratiempos;
De luchar con el destino,
Siempre á su fortuna adverso,
Hora á hora, día á día,
Brazo á brazo, pecho á pecho;

De cruzar con sus dolores
 Los mundanales desiertos,
 En un futuro soñando,
 En un pasado muriendo,
 A Tenuchtitlán potente
 Vuelve los ojos, el cielo
 Un rayo de luz le envía
 Que calma un punto sus duelos.

Y un átomo de esperanza
 A su corazón enérgico,
 Lleva una chispa que enciende
 Su sangre en llamas de fuego.

Se une á Ixcoatl, monarca
 Cuarto del coloso imperio,
 Y con otros poderosos
 Tributarios de su suelo,

Y al frente de un aguerrido,
 Bravo y numeroso ejército,
 Parte al fin contra el tirano
 Maxtla, que en el trono excelso
 No sospecha ni un instante,
 No presume ni un momento,
 Que en su fuerte y poderosa
 Diestra, vacile su cetro.

Y ordena á Mazatl, el bravo
 General de sus guerreros,
 Que prepare á la defensa
 La capital de su reino.

Y Mazatl la fortifica,
 Lleno de vigor y aliento,
 Con hondos fosos por fuera,
 Con altos muros por dentro.

Y dentro y fuera, con rudos
 Brazos y animosos pechos
 Que esperan desesperados
 El instante del encuentro.

El fulgor de un bello día,
 Hermoso, puro y sereno,
 Inunda con luz brillante
 Murallas y campamentos.

Y quiebran la luz febea
 Con vario fulgor intenso,
 Los chimalis y escaupiles¹
 De aquellos gefes soberbios.

De pronto se oye sonoro
Cruzar las ondas del viento,
El eco de un tamborcillo
Que el rey Ixcoatl toca diestro.

Y acometiendo furiosas
Ambas huestes, con violento
Empuje, en terrible instante,
Trábase el combate horrendo.

Nezahualcoyotl que goza
Al fin, dichoso y contento
Se vuelve á Mitl su criado
De honra y lealtad ejemplo,

Y le dice estas palabras,
Mientras esgrime altanero
El macuahuitl que en su mano
Brilla con fulgor siniestro:

«Ve y dile á Nezahualxochitl
Que no la olvido un momento,

Y en mi espíritu está siempre
Su imagen que reverencio.

Que no tema, que la gloria
Coronará mis esfuerzos;

Que los dioses van con migo,
Que de ellos el triunfo espero.

Dijo y lanzóse al combate
Entre el fragoroso estruendo,
Lleno el pecho de esperanza
Y henchida el alma de fuego.

Pasóse el día luchando
Con temerario denuedo;
El campo cubrió la guerra
De heridos mil y de muertos;

Y cuando el sol moribundo,
Con mortecinos reflejos,
Bañaba las pardas cumbres
De los volcanes enhiestos,

Nezahualcoyotl, altivo,
De lodo y sangre cubierto,

Retiróse con los suyos
Camino del campamento.

Ya asaltan á su memoria
Los pesares de otros tiempos;

Ya de su Nezahualxochitl
El cariñoso recuerdo;

De la lucha de aquel día,
 Los peligros, los encuentros;
 Y ya la muerte lamenta
 De algun bravo compañero,
 Cuando de súbito sale
 De un bosque añoso y espeso,
 Un enjambre de soldados
 Que le acometen violentos.
 El príncipe se defiende
 Como puede en tal momento,
 Fiero y á morir matando
 Con sus valientes resuelto.
 Caen los suyos á tierra
 En el combate sangriento;
 De nada el brío le sirve,
 De nada el valor supremo;
 Que el numeroso enemigo,
 Como un círculo de hierro,
 Los aprieta y los obliga
 A perecer combatiendo.
 De pronto, empero, se escucha
 Rumor confuso, no lejos,
 Y Nezahualcoyotl oye
 La voz de Mitl, que corriendo

De su señor en socorro
 Vuela al combate ligero,
 Con los que á Nezahualcoyotl
 De escolta y guarda sirvieron.
 Rompe Mitl las dobles filas
 Que á su amo ponen en riesgo
 De perecer, y á su lado
 Llega, de esperanza lleno.
 Al frente Nezahualcoyotl
 Del vigoroso refuerzo,
 Recobra el ánimo, y hiere
 Cuanto se pone á su encuentro.
 Huye al fin á todas partes,
 Por intrincados senderos,
 Despavorido y sin armas,
 El enemigo disperso.
 Y..... «¿cómo estás á mi lado,
 Valeroso Mitl, qué has hecho
 De Nezahualcoyotl?» dice
 El príncipe, sonriendo.
 — Señor, uno de tus fieles,
 Contesta Mitl al momento,
 Seguro de que en la lucha
 Te habrían al cabo muerto,

JOSÉ PEON Y CONTRERAS,

De la traidora sorpresa,
En los instantes primeros,
Deja este sitio, y en busca
De socorro parte presto.

Al descender esa cumbre
Que desde aquí se está viendo —
Y Mitl la cúspide oscura

De un monte en que ya su velo
De sombras la noche tiende,

Le señaló con el dedo —
«Allí, repite, encontróme,

Y dándome de tu aprieto
La noticia, hasta este sitio

Vine veloz como el viento;
Donde quiso mi fortuna

Que llegar pudiera á tiempo,
Dejando á Nezahualxochitl

Con algunos de los nuestros;
Mas..... véla allí que se acerca,

Parte, señor, á su encuentro.»



ROMANCE VI

NEZAHUALXOCHITL.

De una preciosa litera,
Dechado de arte y de lujo,
Que viene cargada en hombros
De cuatro esclavos robustos,
Descendió Nezahualxochitl,
Quien con labio irresoluto,
A los que en torno la cercan
En pavoroso tumulto,

JOSÉ PEON Y CONTRERAS,

De la traidora sorpresa,
En los instantes primeros,
Deja este sitio, y en busca
De socorro parte presto.

Al descender esa cumbre
Que desde aquí se está viendo —
Y Mitl la cúspide oscura

De un monte en que ya su velo
De sombras la noche tiende,

Le señaló con el dedo —
«Allí, repite, encontróme,

Y dándome de tu aprieto
La noticia, hasta este sitio

Vine veloz como el viento;
Donde quiso mi fortuna

Que llegar pudiera á tiempo,
Dejando á Nezahualxochitl

Con algunos de los nuestros;
Mas..... véla allí que se acerca,

Parte, señor, á su encuentro.»



ROMANCE VI

NEZAHUALXOCHITL.

De una preciosa litera,
Dechado de arte y de lujo,
Que viene cargada en hombros
De cuatro esclavos robustos,
Descendió Nezahualxochitl,
Quien con labio irresoluto,
A los que en torno la cercan
En pavoroso tumulto,

Presa de un temblor que es hijo
De su malestar profundo,
Por el príncipe pregunta
De angustia llena y de susto.

Interroga con la vista;
Mas antes que labio alguno
Responda á su voz, un hombre

Tendió los brazos convulsos
Hacia ella, que, dando un grito,
Abrió temblando los suyos;
Y se estremecen dos almas
En prolongado saludo.

¡Cuánto se amaban! la noche
Que Nanche murió, al influjo
De su nefasto destino,
Sus corazones en uno
Se confundieron, latiendo
Del amor en el bien sumo;
De un amor inexplicable
Y en dulces goces fecundo.

A ella la vimos risueña
Aquel día, cuando un cúmulo
De pensamientos llenaba
Su gentil cabeza, de humo;

Cantar la oímos alegre
Los ensueños de un futuro,
Sin desengaños ni quejas
Y sin horizontes turbios.

Y cuando al pié del cadáver
La desdichada no pudo
Sufrir el dolor, y al suelo
Rodó su cuerpo convulso,

Pasaron algunas horas
Sin que se turbase el mudo
Silencio de aquel recinto
Que parecía un sepulcro.

Quando ya el sol se acercaba
A la mitad de su curso,
Entró á la estancia un mancebo
Que de pavoroso susto

Lleno, contempla aquel cuadro
De horror, de sangre y de luto;
A la jóven se aproxima
Con un cariñoso impulso;
Y al llamarla acongojado,
Pálido como un difunto
Por el pesar, triste mira
Al objeto de su culto.
Abre al fin Nezahualxochitl
Los tristes ojos enjutos,
Y concentrando su vista
En el mancebo, de súbito
Se alza del suelo; la llama
De un amor violento y puro
Se reflejó de sus ojos
Entre los cristales mústios;
Se acerca al príncipe amante,
Y con acento inseguro,
Que entrecortan los sollozos
Y ahogan ayes profundos,
Así le dice: «allí tienes,
Nezahualcoyotl, al único
Ser querido que amparaba
Mi orfandad en este mundo.

No miro ya de esta vida,
Por los desiertos oscuros,
Mas luz que tú, mas consuelo
Que tu amor, ni mas refugio.
Yo, que seas no te pido
Mi esposo, que fuera mucho;
Mas tampoco tu manceba
Me llamará el labio tuyo.
Solo anhelo que conserves
De tu pecho en lo profundo,
El amor que esta mañana
Leí en tus ojos oculto,
Y que tu labio.....

—Silencio!

Nezahualxochitl, no es justo
Que me hables así..... tu esposo
He de ser, yo te lo juro.»

Después, alzando el cadáver
De Nanche, salieron juntos
De la estancia, y no muy lejos
Del solitario sepulcro
De Tiata, en una cueva,
Depositaron los últimos
Despojos del noble anciano,
Como su memoria, augustos.



Al anochecer, muy pocos
 Dias despues, en Tescuco,
 Del infatigable Maxtla
 Y sus sicarios, ocultos,
 Ante un anciano Teopixqui¹
 Con un placer sin segundo,
 Y de sus antepasados
 Conforme al rito y los usos,
 Delante de dos testigos,
 Sus dos almas de consuno
 Se unieron y para siempre
 Con indisoluble nudo.²



Entre los brazos del príncipe,
 Nezahualcochitl algunos
 Breves instantes de dicha,
 De supremo goce, estuvo;

¹ Sacerdote.

² Nezahualcoyotl se casó en su juventud con Nezahualcochitl, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murió antes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los Tepanecas le habían usurpado.— *Clavijero*. Tomo I, pág. 108 [nota].

Mas cuando de ellos pretende
 Desasirse, un breve punto
 Tembló, sus brazos se abrieron,
 Y cayó al suelo: confuso
 Nezahualcoyotl, sobre ella
 Se arroja de terror mudo;
 Y da un grito, que los montes
 Repercuten uno á uno.

Y entre un tumulto, á la roja
 Luz de los hachones fúlgidos,
 Contempló á Nezahualcochitl
 Bañada en sangre, sin pulsos;
 A quien le traspasa el pecho,
 Que ha poco encendía un puro
 Y noble amor, de una flecha
 El iztli ardiente y agudo.

«Por matarme á mí la han muerto:»

Esclama fiero, iracundo,
 Nezahualcoyotl, alzándose
 Con un movimiento brusco:
 «Ellos, ellos, continúa
 Con ronco acento, y sañudo
 Hacia la ciudad volviendo
 Los ojos como carbúnculos:

—« ¡ Ah! maldita Azcapozalco,
Guarida de sus verdugos,
Mañana al rayar el día
Sabré vengar tus insultos!

No valdrán contra mi encono,
Tepanecas, tus conjuros;
Ni tus chimalis de bronce,
Ni tus escaupiles rudos.

Haré que tus torres altas
Desaparezcan del mundo,
Y convertiré en ceniza
Tus palacios y tus muros.....»

Dijo, cayendo de hinojos,
Al pié de los restos mudos
De su esposa, y llanto amargo
Hizo en sus mejillas surcos.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

LA MUERTE DEL TIRANO.

Apenas tímida el alba
Se arrebola con las luces
Que el astro rey desde Oriente
Sobre los montes difunde,
En entrambos campamentos
Los capitanes reúnen
A sus huestes, y do quiera
Animándolas, discurren.

—« ¡ Ah! maldita Azcapozalco,
Guarida de sus verdugos,
Mañana al rayar el día
Sabré vengar tus insultos!

No valdrán contra mi encono,
Tepanecas, tus conjuros;
Ni tus chimalis de bronce,
Ni tus escaupiles rudos.

Haré que tus torres altas
Desaparezcan del mundo,
Y convertiré en ceniza
Tus palacios y tus muros.....»

Dijo, cayendo de hinojos,
Al pié de los restos mudos
De su esposa, y llanto amargo
Hizo en sus mejillas surcos.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

LA MUERTE DEL TIRANO.

Apenas tímida el alba
Se arrebola con las luces
Que el astro rey desde Oriente
Sobre los montes difunde,
En entrambos campamentos
Los capitanes reúnen
A sus huestes, y do quiera
Animándolas, discurren.

Suena el tambor del combate,
 Y la inmensa muchedumbre
 De guerreros, la pelea
 Traba en formidable empuje.
 Penachos, cascos y escudos
 En que oro y plata relucen,
 En la furibunda lucha
 Se mezclan y se confunden.
 Allí estaba Izcoatl llevando
 Un tencaliuhqui¹ que encubre
 Sus nobles formas, y gasta,
 Porque es de reyes costumbre,
 Matzopeztlis² en los brazos,
 Y Cozehuatlés,³ que suben
 Hasta media pantorrilla,
 De cuero color de herrumbre,
 Hechos con ricos adornos
 De piedras que fuego lucen;
 Un tentetl⁴ lleva suspenso
 Del labio, y en viva lumbre

¹ Trage de guerra que usaban los príncipes.

² A manera de pulseras que llevaban los reyes en campaña.

³ Especie de botas.

⁴ Una esmeralda.

Bañan su cuello las piedras
 De un collar que reproduce
 Del íris los mil cambiantes,
 Y su altivo pecho cubren.
 Lleva en la frente, por último,
 El copilli,¹ del cual surge
 Un cuachicli,² en que campear
 Plumas bermejas y azules.
 Allí estaba Moteuczoma
 Ilhuicamina, que hunde
 Su macahuitl en el cuello
 De Mazatl, que fiero ruga
 Al perecer. Con su muerte,
 El pánico raudo cunde
 Por las filas tepanecas,
 Que rotas, dispersas, huyen.
 Allí está Nezahualcoyotl
 Que las persigue y confunde;
 Que á una muerte inevitable
 Las empuja y las conduce;
 Y lo mismo que la roca
 Que desde altísimas cumbres
 Se desprende, y á su paso
 Todo lo arrasa y destruye,

¹ Corona.

² Insignia que usaba el rey en la guerra, á modo de penacho.

Así va con sus guerreros,
 A quienes valor infunde
 Con su ejemplo, porque nada
 Hay que su espíritu asuste,
 Nada que ataje su brío,
 Nada que lo sobrepuje;
 Y el exterminio y la muerte
 En torno suyo difunde.
 En esto, Maxtla el tirano
 Que perdido se presume,
 En busca de un temazcalli,
 Que en su lobreguez le oculte,
 Corre ciego sus jardines,
 Y hallándole, se introduce
 En él y de horrible miedo
 Chocan sus dientes y crugen.
 Desde allí miró las llamas
 Que su palacio consumen,
 Y entre los gritos del pueblo
 Escuchó el estruendo lúgubre,
 Que al caer al suelo hacían
 Tapias, arcos y techumbres,
 El piso hundiendo al impulso
 De su inmensa pesadumbre.

1. Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construcción y figura a un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es mas baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los Aztecas.

Oyó del cercano templo
 El espantoso derrumbe,
 Y el grito del populacho
 Que sus jardines obstruye;
 Que destroza las florestas
 Do gozó, en horas mas dulces,
 Del tibio halago del aura,
 De las flores el perfume.
 Vió que muy cerca del sitio
 Que su liviandad encubre,
 Le buscaban, y al espanto
 Su alma cobarde sucumbe.
 ¡Cómo tiemblan los tiranos
 Cuando á sus ojos, con lúgubre
 Aparato, al fin la muerte
 Su pálida faz descubre!
 Maxtla escondido en el fondo
 Del temazcalli, prorumpe
 En copioso, amargo llanto
 Que sus pupilas deslucen.
 No tardan en encontrarle,
 Que por mucho que se oculte
 La maldad, siempre hay un labio
 Que su guarida denuncie.

Del antro oscuro le sacan,
Y aun antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre
De soldados, que lo arrastran,
Descuartizan y contunden,
Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.
Y entretanto que las llamas
En Azcapozalco rugen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce;
Entretanto que las víctimas
En alaridos prorumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,
Testigo de tanto estrago,
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.



TEZCOTZINCO.

A MI ESPOSA LA SRA. D^a ELEONOR DEL VALLE DE PEON

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma,
Y de Tezcucó no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,
Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehetes gigantescos,

Del antro oscuro le sacan,
Y aun antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre
De soldados, que lo arrastran,
Descuartizan y contunden,
Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.
Y entretanto que las llamas
En Azcapozalco rugen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce;
Entretanto que las víctimas
En alaridos prorumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,
Testigo de tanto estrago,
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.



TEZCOTZINCO.

A MI ESPOSA LA SRA. D^a ELEONOR DEL VALLE DE PEON

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma,
Y de Tezcucó no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,
Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehuetes gigantescos,

Una mansion que de lujo
Y de esplendor es portento,
Hunde su frente en las nubes
O se retrata en los cielos.

¡Es Tezcotzinco! La historia
Nos guarda, imperecederos,
De sus pasadas grandezas
Los indelebles recuerdos!

Una pendiente suave
Ofrece fácil acceso
A sus inmensos jardines
Y á sus floríferos huertos,
Que de un lado y otro lado
Tendiéndose pintorescos,
De embriagadores perfumes
Llenan las ondas del viento.

Allí de pronto, entre flores,
Accidentándose el suelo,
Se alza una cuesta que al paso
Niega á la cumbre el ascenso.

Mas talladas en la roca
Y bruñidas como espejos,
Magníficas graderías
Bordan la falda del cerro,

Y de la mansion hermosa
Conducen á los extensos
Terrados, que en el granito
Labraron cinceles diestros.

Allí la vista extasiada
Contempla con embeleso
Las grandiosas galerías
De sus salones inmensos;
Salones cuyas paredes
Tapizan cándidos lienzos
Bordados con el plumaje
De los pájaros mas bellos.

Allí se miran los baños,
Tambien en la roca abiertos;
Soberbias escalinatas
Conducen á sus risueños

Recintos, á do admirados
Bajan los rayos febeos,
Primor de constancia y arte,
Y de la molicie templos.

Allí levantan sus muros
 Ricos Teocállis severos,
 En donde el fuego sagrado
 Perennemente está ardiendo.
 Y perdidos en la sombra
 Del follaje de los cedros,
 Pórticos y pabellones
 Se elevan de trecho en trecho.
 El agua que fecundiza
 Sus cultivados terrenos,
 Corre en sonoros cristales
 Por un acueducto inmenso,
 Que al descansar sobre un vasto
 Terraplen, desde muy lejos,
 Viene cruzando los valles,
 Las colinas, los oteros;
 Agua que al correr ligera
 Por canales y descensos,
 Después de surtir las fuentes,
 Los baños y los soberbios
 Estanques, y derramarse
 Por los prados y los huertos,
 Retratando en su camino
 Flores, hojas, aves, cielos,

Inquieta, rauda y sonora
 Por riscosos vertederos,
 En bulliciosas cascadas
 Se precipita á lo lejos;
 Y de tan grande belleza
 Vienen á ser complemento
 El aire que se respira,
 Manso, perfumado, fresco;
 El sol que dora los bosques
 Cuando nace, y cuando lento
 Traspone las grandes masas
 De sombra que en los espesos
 Follajes de la intrincada
 Selva, anticipan el bello
 Crepúsculo de la tarde,
 Tan melancólico y tierno.
 Las cumbres de las montañas
 Que ondean en los extensos
 Horizontes, la alta cima
 De volcanes corpulentos;
 Sus picos que reverberan
 Como diamantes inmensos,
 Joyas con que la natura
 Engalana el Universo;

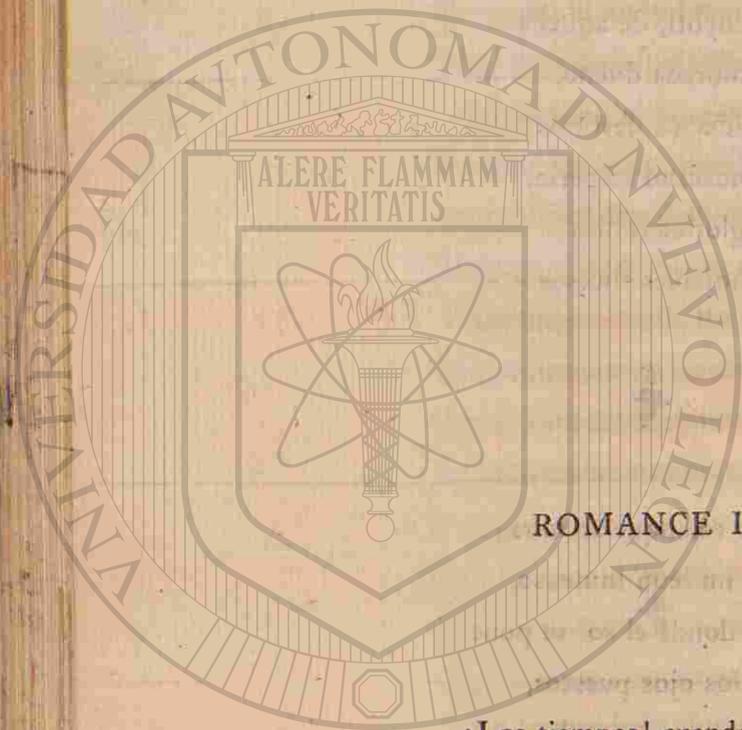
Los lagos que á gran distancia
 Azulean al reflejo
 De los rayos de la luna
 Que van á quebrarse en ellos;
 Y horizontes, luz, matices,
 Fuentes, cascadas, senderos,
 Aves, estanques, llanuras,
 Bosques, nubes, flores, cerros,
 Forman un todo, un conjunto
 Tan armonioso y poético,
 Que á Texcotzinco trasforma
 En un paraíso nuevo.

En la mas bella floresta
 De aquellos sitios amenos,
 Una sonora fuente,
 Esculpida con esmero,
 Ostenta en mitad de ella
 Una piedra de gran peso,
 En cuyo frontis pulido,
 De geroglíficos lleno,

Están marcados los años
 Que el poderoso, el excelso
 Nezahualcoyotl, de aquella
 Soberbia morada dueño,
 Ha regido los destinos
 Del Acolhuacano imperio,
 Y de sus gloriosos días
 Los mas notables sucesos.



En otro estanque se mira
 De piedra un leon inmenso,
 Que hácia donde el sol se pone
 Mantiene los ojos puestos,
 Y que asegura en su boca
 Una efigie, que es perfecto
 Trasunto de aquel monarca
 Justo, sabio, grande, bueno,
 Idolo de sus vasallos,
 Firme amparo de sus pueblos,
 Luz de sus vastos dominios
 Y admiracion de los tiempos!



ROMANCE II.

¡Los tiempos! cuando la mano
De los tiempos inflexible
Aun destrozado no había
Aquellas obras insignes;
Cuando al poderoso azote
De sus alas invisibles
Aun sus muros resistían
Sobre sus cimientos, firmes;

Cuando no se contemplaban,
Como hoy, sus bosques sin lindes,
Sin agua, fuentes y estanques,
Yermos valles y pensiles;

Ruínas tantos palacios,
Cuyos trazos ya no existen,
Vil despojo de los siglos
Y de las fieras rediles;

Cuando aun sus templos oían
Los cantares de las vírgenes
Aztecas, que idolatraban
A sus dioses invencibles;

Cuando aun no echaba la yerba
En sus escombros raíces,
Ni anidaban en sus hondas
Grietas, uraños reptiles,

Nezahualcoytl, cruzando
Sus encantados jardines,

En raudales de armonía
Daba alivio al pecho triste.

Allí de su lira al eco
Callaban auras humildes,
Y aquellas que en la enramada,
Tórtolas amantes gimen.

Allí, al son de sus acentos
Se encendían los matices
De las flores, y temblaban
Sobre tus tallos flexibles;

Allí recordaba alegre
De sus años juveniles
Las fuertes luchas marciales
Y las amorosas lides;

Allí acataban sus leyes
Los vasallos y los príncipes,
Las leyes á cuyo amparo
Fueron sus tiempos felices;

Allí concibió su mente
La idea de un ser sublime,
Creador del cielo y tierra,
Que infinitos orbes rige,

Dando al olvido la extraña
Majestad de las efigies
De aquellos dioses, amparo
De sus pueblos infelices;

Y allí cantó en versos dulces
De la gloria humana el triste
Término, y lo pasajero
De sus grandezas ruines.

Y allí con Matlalzihuatzin
Guió, en fin, los infantiles
Pasos de Nezahuapilli,
Honor de su egregia estirpe.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL SEÑOR DE ECATEPEC.

AL SEÑOR DON MARIANO ROJO.

ROMANCE I

El rey Toteotzin, tirano
Y Señor de los Chalqueses,
A quien sus vasallos odian
Y adulan porque le temen;
Aquel monarca que en duro
Corazon albergó siempre
Del despotismo y la envidia
Las emponzoñadas sierpes,

Tras una sangrienta lucha
En que cetro y honor pierde,
Vencido al fin por las armas
De los mexicanos, muere.

Las vencedoras legiones
Dividen, entre los reyes
De Tacuba y de Tezcucó,
Que parte en la empresa tienen,
El botín y el señorío
Que su triunfo les ofrece,
Entrando á saco y á fuego
Cuanto á las manos les viene.

Con honda cólera Chalco
Sufre en silencio la muerte
Que le trajeron á un tiempo
Desventuras y reveses.
Al imperio de la fuerza
Hunde en el polvo la frente
Que tantos años erguida
Cinó con verdes laureles.

Y el pueblo en masa, que nunca
Perdona cuando aborrece,
Jura vengar la victoria
De sus contrarios valientes.

Por eso doquier los busca,
Les hace cuanto mal puede;
Por eso cual tigre fiero
Ni se alimenta ni duerme.

Y en la ciudad y en el campo,
Traidora, cobarde, aleve,
Hay siempre en la sombra envuelta,
Ya oculta mano que hiere,

Ya una cuadrilla que roba,
O entre las llamas envuelve
Palacios y cementeras
Que en ceniza se convierten.

Chalco, en fin, avergonzada,
Sufrir el yugo no puede
Del indomable caudillo,
Del rey poderoso y fuerte,
Del batallador insigne
Que el azteca imperio extiende,
Guerreando, del Sur al Norte,
Y del Levante al Oeste,

Sin que haya visto contraria
Nunca á la voluble suerte
Que el enmascarado rostro
Hacia todos vientos vuelve,
Moteuczoma Ilhuicamina,
En fin, cuyas bravas huestes
Despues de cruzar los montes
Por breñales y pendientes,
En las arenas del Golfo
Virtieron su sangre ardiente,
Domando á los Huexotzingos,
Venciendo á los Cotasteses.



ROMANCE II

En una intrincada selva,
Cuando el matutino rayo
Del sol apenas alumbra
Las regiones de su ocaso,
Cuando las aves del bosque
Sacuden el sueño blando,
Y al aire entregan el himno
De sus medólicos cantos,

Omixtla, de Ecatepec
Señor, y del rey hermano,
En una celada preso
Fué con otros mexicanos.
Inútilmente procuran
Defenderse en el asalto:
¡Inútilmente! las flechas
En el carcax se quedaron,
Y asegurados y quietos
De la sorpresa en los lazos,
Tambien se quedan, rabiosos,
En las espaldas los arcos.
¡ Buena presa á los chalqueses
Les ha venido á las manos!
¡Qué ha de decir Moteuczoma
Cuando cunda en sus estados
La nueva, y cuando le anuncien
Que está en rehenes su hermano,
Y con accion tan villana
Solo han querido injuriarlo!

Omixtla, en tanto, atraviesa
Con sus guardianes los campos,
Y en medio de los groseros
Denuestos del populacho,
Y del gozo de los grandes,
Cruza las calles de Chalco,
Donde á prision le reducen
En un soberbio palacio.

§
Con seductoras promesas
Se afanan en cautivarlo,
Y á su ambicion y á su orgullo
Le brindan opimo pasto.
Le ofrecen el áureo trono
Que Toteotzin ha manchado
Con su sangre, y aquel cetro
Que fué del crimen amparo;
Y al ofrecérsele saben
¡Ay, que el corazon humano
Es débil, y el alma ciega
Con el esplendor del mando!

Empero, Omixtla su oído
Cierra á mendaces halagos,
Su alma á locas ambiciones,
Y su corazón al fausto;
Y pródigo de grandeza,
Y de lealtad avaro,
De su conciencia el acento
Solo escucha y el mandato.

Cansado de las ofertas
De los chalqueses, cansado
De sufrir en las prisiones
Padecimientos y agravios;
Resuelto á poner un coto
Al afán de sus contrarios,
Omixtla, que sus designios
Oculta discreto y cauto,
Accedió al fin, pero puso
Por condición en el pacto
Que con los nobles celebra
Para ser su soberano,

Que en la gran plaza del Tiangu
Se levantase muy alto,
Una estrecha plataforma
Donde sea coronado,
Para que mirarlo puedan
Sus generosos vasallos,
Y los que con él cayeron
Prisioneros en el campo.
Consiente el pueblo, gustoso,
Frenético de entusiasmo,
Y en medio de alegres vítores
Comienza á alzarse el tablado.

Plaza del Mercado.





EL SEÑOR DE ECATEPEC.

AL SEÑOR DON MARIANO ROJO.

ROMANCE I

El rey Toteotzin, tirano
Y Señor de los Chalqueses,
A quien sus vasallos odian
Y adulan porque le temen;
Aquel monarca que en duro
Corazon albergó siempre
Del despotismo y la envidia
Las emponzoñadas sierpes,

Tras una sangrienta lucha
En que cetro y honor pierde,
Vencido al fin por las armas
De los mexicanos, muere.

Las vencedoras legiones
Dividen, entre los reyes
De Tacuba y de Tezcucó,
Que parte en la empresa tienen,
El botín y el señorío
Que su triunfo les ofrece,
Entrando á saco y á fuego
Cuanto á las manos les viene.

Con honda cólera Chalco
Sufre en silencio la muerte
Que le trajeron á un tiempo
Desventuras y reveses.
Al imperio de la fuerza
Hunde en el polvo la frente
Que tantos años erguida
Cinó con verdes laureles.

Y el pueblo en masa, que nunca
Perdona cuando aborrece,
Jura vengar la victoria
De sus contrarios valientes.

Por eso doquier los busca,
Les hace cuanto mal puede ;
Por eso cual tigre fiero
Ni se alimenta ni duerme.

Y en la ciudad y en el campo,
Traidora, cobarde, aleve,
Hay siempre en la sombra envuelta,
Ya oculta mano que hiere,

Ya una cuadrilla que roba,
O entre las llamas envuelve
Palacios y cementeras
Que en ceniza se convierten.

Chalco, en fin, avergonzada,
Sufrir el yugo no puede
Del indomable caudillo,
Del rey poderoso y fuerte,
Del batallador insigne
Que el azteca imperio extiende,
Guerreando, del Sur al Norte,
Y del Levante al Oeste,

Sin que haya visto contraria
Nunca á la voluble suerte
Que el enmascarado rostro
Hacia todos vientos vuelve,
Moteuczoma Ilhuicamina,
En fin, cuyas bravas huestes
Después de cruzar los montes
Por breñales y pendientes,
En las arenas del Golfo
Virtieron su sangre ardiente,
Domando á los Huexotzingos,
Venciendo á los Cotasteses.



ROMANCE II

En una intrincada selva,
Cuando el matutino rayo
Del sol apenas alumbra
Las regiones de su ocaso,
Cuando las aves del bosque
Sacuden el sueño blando,
Y al aire entregan el himno
De sus medólicos cantos,

Omixtla, de Ecatepec
Señor, y del rey hermano,
En una celada preso
Fué con otros mexicanos.
Inútilmente procuran
Defenderse en el asalto:
¡Inútilmente! las flechas
En el carcax se quedaron,
Y asegurados y quietos
De la sorpresa en los lazos,
Tambien se quedan, rabiosos,
En las espaldas los arcos.
¡ Buena presa á los chalqueses
Les ha venido á las manos!
¡Qué ha de decir Moteuczoma
Cuando cunda en sus estados
La nueva, y cuando le anuncien
Que está en rehenes su hermano,
Y con accion tan villana
Solo han querido injuriarlo!

Omixtla, en tanto, atraviesa
Con sus guardianes los campos,
Y en medio de los groseros
Denuestos del populacho,
Y del gozo de los grandes,
Cruza las calles de Chalco,
Donde á prision le reducen
En un soberbio palacio.

§
Con seductoras promesas
Se afanan en cautivarlo,
Y á su ambicion y á su orgullo
Le brindan opimo pasto.
Le ofrecen el áureo trono
Que Toteotzin ha manchado
Con su sangre, y aquel cetro
Que fué del crimen amparo;
Y al ofrecérsele saben
¡Ay, que el corazon humano
Es débil, y el alma ciega
Con el esplendor del mando!

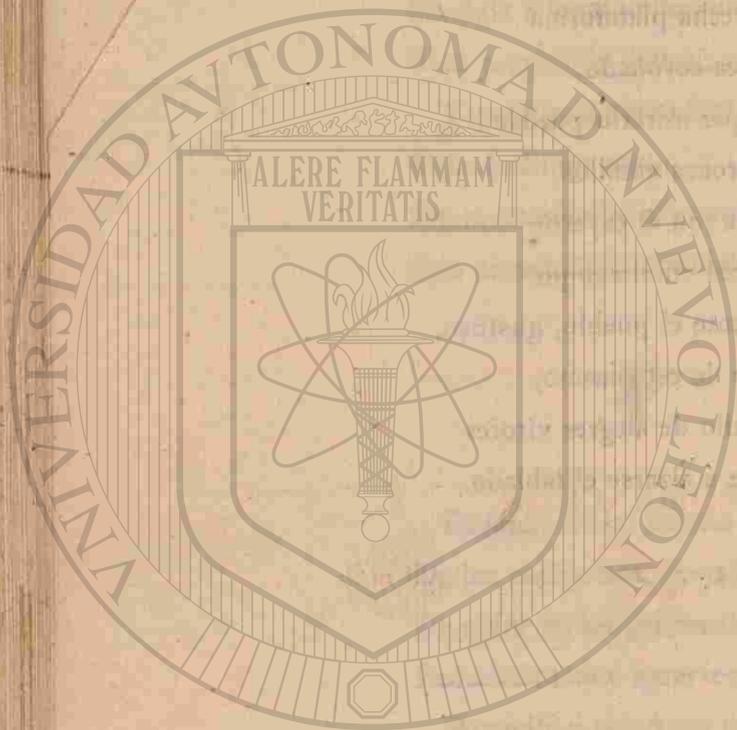
Empero, Omixtla su oído
Cierra á mendaces halagos,
Su alma á locas ambiciones,
Y su corazón al fausto;
Y pródigo de grandeza,
Y de lealtad avaro,
De su conciencia el acento
Solo escucha y el mandato.

Cansado de las ofertas
De los chalqueses, cansado
De sufrir en las prisiones
Padecimientos y agravios;
Resuelto á poner un coto
Al afán de sus contrarios,
Omixtla, que sus designios
Oculta discreto y cauto,
Accedió al fin, pero puso
Por condición en el pacto
Que con los nobles celebra
Para ser su soberano,

Que en la gran plaza del Tiangü
Se levantase muy alto,
Una estrecha plataforma
Donde sea coronado,
Para que mirarlo puedan
Sus generosos vasallos,
Y los que con él cayeron
Prisioneros en el campo.
Consiente el pueblo, gustoso,
Frenético de entusiasmo,
Y en medio de alegres vítores
Comienza á alzarse el tablado.

Plaza del Mercado.





ROMANCE III

De gala están los chalqueses,
Y la multitud festiva
Hacia la plaza del Tianguis
Alegre el paso encamina.
El sol aparece, nuncio
De un claro y risueño día,
Y á la ciudad, coronada
De flores mil, ilumina.



No hay un semblante que ufano
Tributo al placer no rinda,
Ni hay un pecho que solloce,
Ni hay un labio que no ría.

Alienta el pueblo animoso
Que sus venturas publica
Y la esperanza recobra
Que ya juzgaba perdida.

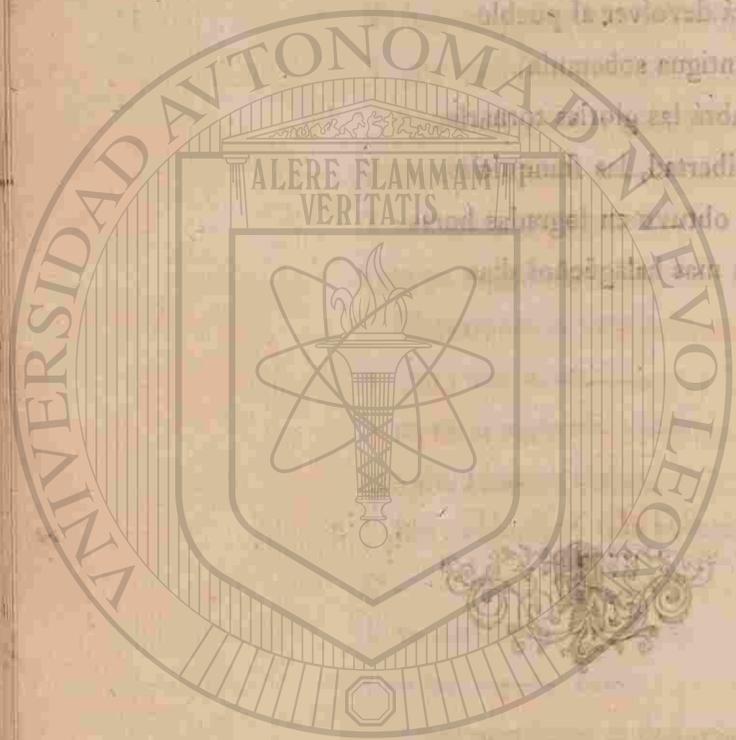
El presente le sonríe,
El porvenir le acaricia,
Y en un oriente sin nubes
Un astro nuevo divisa,
Un resplandor, una aurora,
Que lo seduce y reanima,
Y en horizontes extensos
Con luz irisada, brilla.

Frustrado juzga el designio
Del terrible Ilhuicamina,
Y que al fin se ha roto el yugo
Que á México lo esclaviza;
Eso esperan los que en Chalco
Sus descalabros olvidan,
Y en el futuro monarca
Su venganza y su odio fian.

Ya combatiendo al coloso,
O con él formando liga,
Sabrá devolver al pueblo
Su antigua soberanía;

Sabrá las glorias tornarle,
La libertad, las franquicias
Que obtuvo en logradas horas
Y en mas halagüenos días.





Y haye divites y refulge
En dos calles y gran
Sea que haye dize segun
A su curia impa
Los reventos que
Pues con Oñate
En tomo a la plaza
Que su señor ap
El bacho y el
En son acor
Y todo es
Y todo es
Al fin Oñate

ROMANCE III

Magnífico es el tablado
Que cubren soberbias telas,
Magníficas las columnas
Que su planicie sustentan.
Allí revueltas espiran
De la muchedumbre inmensa
Las olas, cual las del Ponto
En procelosa marea.

Y fluye hirviente y refluye
En boca-calles y puertas,
Sin que haya dique seguro
A su curiosa impaciencia.

Los mexicanos, que fueron
Presos con Omixtla, esperan
En torno á la plataforma,
Que su señor aparezca.

El huehuetl y el teponaztli,¹
En son acorde resuenan,
Y todo es zambra y contento,
Y todo algazara y fiesta.

Al fin Omixtla aparece
Con la comitiva régia,
Y el pueblo en vivas prorumpe,
Y unánime aplauso truena.
Omixtla adelanta grave,
Al pié del tablado llega,
Y sube él solo, llevando
Un ramillete en la diestra.

¹ Instrumentos de música.

Llegado el solemne instante,
Llegada la hora suprema,
Parece el Tianguis desierto,
¡Tan grande silencio reina!

Entonces de Omixtla altivo,
Ante las turbas inquietas,
Sus sentimientos en tales
Términos el labio expresa:

«Sabed, nobles mexicanos,
Sabed, guerreros aztecas,
Que los chalqueses me brindan
La corona de estas tierras;
Mas no permitan los dioses,
Y antes mil veces perezca,
Que haga traicion á mi patria
Y al rey mi señor ofenda.

En mas que la propia vida
Estimad la lealtad vuestra,
Y de tan grande enseñanza,
Ejemplo mi muerte sea.»

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Al decir esto, hasta el borde
Del parapeto se acerca;
Y ergue noble y majestuosa
La frente altiva y serena;
Tiende al espacio la vista;
Su pupila centellea...
Se arroja desde la altura,
Y el pueblo enmudece y tiembla.



TLAHUICOLE.

A MANUEL DOMINGUEZ ELIZALDE.

ROMANCE I

EL PRISIONERO.

Tenuchtitlan y Tlaxcalan

En contínuas disensiones,

Enrojecen con su sangre

Selvas, llanuras y montes.

Años tras años de encono,

De contiendas y de horrores,

De entrambos pueblos acrecen

El odio en sus almas torpes;

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Al decir esto, hasta el borde
Del parapeto se acerca;
Y ergue noble y majestuosa
La frente altiva y serena;
Tiende al espacio la vista;
Su pupila centellea...
Se arroja desde la altura,
Y el pueblo enmudece y tiembla.



TLAHUICOLE.

A MANUEL DOMINGUEZ ELIZALDE.

ROMANCE I

EL PRISIONERO.

Tenuchtitlan y Tlaxcalan

En contínuas disensiones,

Enrojecen con su sangre

Selvas, llanuras y montes.

Años tras años de encono,

De contiendas y de horrores,

De entrambos pueblos acrecen

El odio en sus almas torpes;

La plácida bienandanza
 De alegre paz desconocen,
 Y á su lisonjero halago
 Las conveniencias oponen.
 Que el afan de procurarse
 Víctimas para sus dioses,
 Hace que la guerra insana
 Sin término se prolongue;
 Pues el que en la lucha cae
 O al enemigo se acoge,
 Es al fin sacrificado
 Por bárbaros sacerdotes.

Los Huexotzingos unidos
 A las aztecas legiones,
 Y los bravos Otomites
 De Tlaxcalan defensores,
 En medio del campo un día
 Se encuentran, se reconocen,
 Y de ira implacable llenos
 Al combate se disponen.

El sol, coronando al mundo
 Con ardientes resplandores,
 Baña de fértil llanura
 Los extensos horizontes;
 Y de un extremo y del otro
 Partiendo los campeones,
 Se arremeten como fieras
 En brusco y terrible choque.
 Gefe de los Otomites
 Es el bravo Tlahuicole,
 El general tlaxcalteca
 De mas brío y de mas nombre.
 El macuahuitl que fulmina
 Su fuerte brazo, es disforme,
 Tanto, que apenas con ambos
 Puede sostenerlo un hombre.
 De alta prosapia en su pecho
 Se agita su sangre noble,
 Que abonan mas que su estirpe
 Sus generosas acciones.
 Fiero, cual siempre, á las huestes
 De los huexotzingos corre...
 ¡Ay de aquellos que á su paso,
 Desventurados, se oponen!

Hiere, destroza, y do quiera
 Las compactas filas rompe
 Del enemigo, y llevado
 De un furor al cual no pone
 Coto ni medida, al cabo
 De los suyos alejose,
 De la prudencia olvidando
 Las saludables lecciones;
 Y en un pantano se hunde,
 Do con movimientos torpes,
 Apenas para salvarle
 Bastan sus fuerzas enormes.
 Ya los contrarios le cercan,
 Aprenderlo se proponen,
 En los otomites cunde
 La confusion, el desorden;
 Al mirarse sin su gefe
 El temor les sobrecoge,
 Y como guerrera escuadra,
 En medio del mar salobre,
 Juguete va de las olas
 Y furiosos aquilones,
 A destrozarse en las peñas
 Sin guia, rumbo ni norte,

Así desbandados huyen
 En distintas direcciones,
 Y su completa derrota
 Van á ocultar á los montes.
 El general tlaxcalteca
 Defiende su vida entonces,
 Lo mismo que se defienden
 En su cueva los leones;
 Y al número al fin cediendo,
 Lleno de heridas, rindióse;
 Y de ira ciego la muerte,
 Por favor, pidiendo á voces.

En una jaula anchurosa,
 De formidables barrotes
 De madera, reforzados
 Con toscas planchas de bronce,
 Sujeto de piés y manos
 Al bravo caudillo ponen,
 Y cautelosos le encierran
 Como á los tigres feroces.

Dando gritos de alborozo
 Le cercan de escolta doble,
 De la cual al frente se hallan
 Algunos guerreros nobles.
 Y mientras tanto, serena,
 Tiende sus velos la noche,
 Y como una madre ciñe
 Entre sus brazos al orbe,
 A Tenuchtitlan la grande
 Se dirigen, en buen orden,
 Por extraviados senderos,
 Cautivo, escolta y señores.



En una tarde apacible,
 Los alegres callejones
 De una huerta floridosa,
 De fuentes llena y primores,
 Moteuczoma, el rey altivo
 De Tenuchtitlan, recorre
 Acompañado de algunos
 De sus mas diestros bufones,

Que con chistes le solazan,
 Y hacen que un punto se ahoguen
 En el olvido, las penas
 De sus ocultos dolores.
 Empero, en breve le saca
 De tan dulces distracciones,
 La nueva de que han llegado
 Al palacio embajadores;
 Que á un enemigo le traen
 Que por sus hechos conoce,
 Para que juzgue y sentencie
 Como quiera y se le antoje.
 Llega á su presencia el reo
 Con altivo y digno porte,
 Y su gentil continente
 La atencion augusta absorbe.
 El rey sereno le mira,
 Y en su rostro dibujóse
 El placer y una sonrisa
 Que mal sus labios esconden.
 Y en el cautivo fijando
 Sus ojos, como carbones
 Negros, decirle estas frases
 Los circuntantes le oyen:

«Hasta mi oído ha llegado,
 Valeroso Tlahuicole,
 La fama de tus proezas
 Y el prestigio de tu nombre;
 Y pues tus hechos admiran
 Cuantos tu valor conocen,
 Justo es que yo te releve
 Del castigo, y te perdone.
 Eres libre, libre puedes
 Volver á tus pátrios bosques,
 Y que en medio de los tuyos
 Recuperes tus honores.»

El general tlaxcalteca
 Que con grande asombro oyóle,
 Serenándose un momento,
 De este modo le responde:

«Grande señor, yo agradezco
 El bien que tú me propones;
 Mas permíte que rehuse,
 Y esto á ultraje no lo tomes;
 Pues el que acepta sereno
 De su enemigo favores,
 Se envilece y se degrada,
 Y es fuerza que se deshonre:

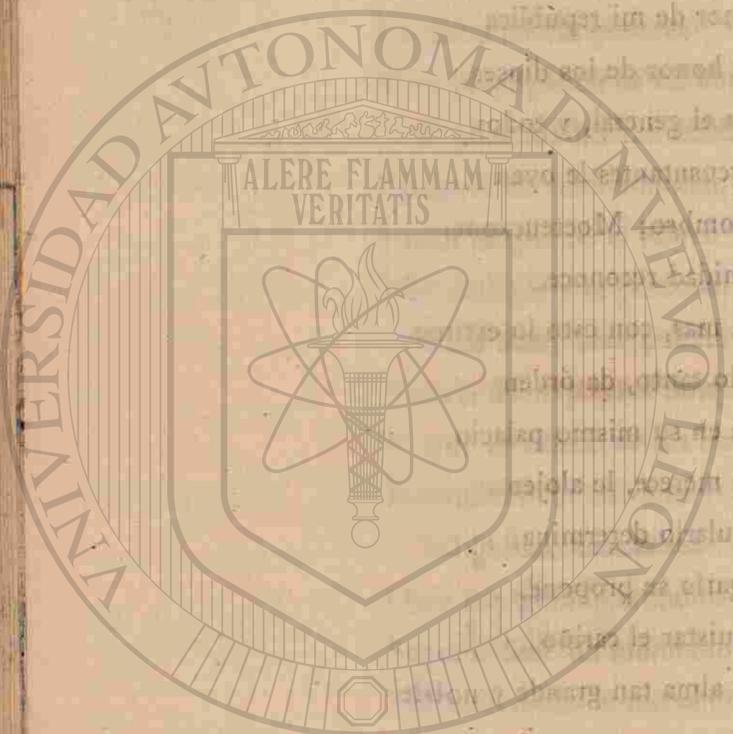
Quiero morir con los míos,
 Que aun están en tus prisiones,
 En honor de mi república
 Y para honor de los dioses.»

Calla el general, y todos
 Los circunstantes le oyen
 Con asombro; Mocteucozoma
 Su dignidad reconoce,

Y en mas, con esto lo estima,
 Y por lo tanto, da órden
 De que en su mismo palacio,
 Cual lo merece, le alojen.

Y adularlo determina,
 Y halagarlo se propone,
 Y conquistar el cariño
 De una alma tan grande y noble.





Quiero decir con los años
Que son años en las prisiones
En honor de mi república
Y por honor de las líneas
Calle al general
Los circunstantes
Con asombro
Su dignidad
Y en sus
Y por lo
De que en
Cual lo
Y adula
Y halaga
Y conduce
De una alma tan grande

ROMANCE II

LA ORDEN.

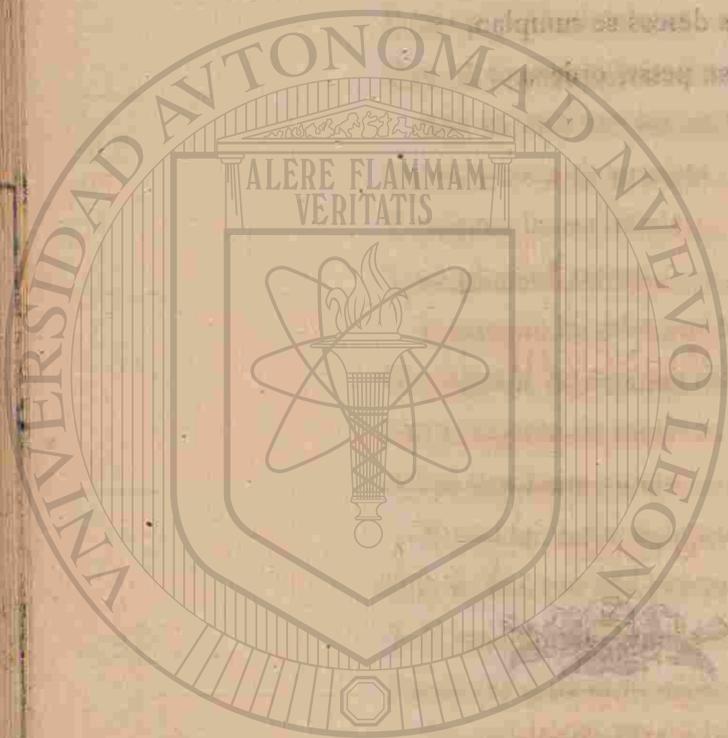
Por ignorados motivos
Que la historia no revela,
Declaran los Michoacanos
A Tenuchtitlan la guerra;
Y Moteuczoma resuelve
Mover las huestes aztecas,
Y al frente de ellas, que marche
A Tlahuicole le ordena.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE Tlaxcala LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obedece aquel mandato
 El general Tlaxcalteca,
 Y parte á Tlaximaloyan
 Que es de Michuacan frontera.
 Allí en terribles encuentros,
 De su pericia da pruebas,
 Y nuevos lauros añade
 A su gloriosa carrera.
 Y aunque triunfar por completo
 No logra al fin con sus fuerzas,
 Gran número de cautivos
 A sus pendones sujeta.
 Y con un botin muy rico,
 Que es fruto de sus proezas,
 A la capital retorna,
 Do el rey gozoso lo espera,
 El cual los grandes servicios
 Del caudillo recompensa,
 De Tlacatecatl brindándole
 Con la dignidad suprema.
 Mas de nuevo Tlahuicole
 Rehusa tan grande muestra
 De distincion, declarando
 Que solo morir desea;

Y el monarca decidido,
 Ya que complacerlo es fuerza,
 Que sus deseos se cumplan,
 Bien á su pesar, ordena.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ROMANCE III

EL SUPPLICIO.

Cerca del mayor teocali,
Sobre un terraplen muy vasto
El Temalacatl, con bellos
Bajos-relieves labrado,
Descansa y ostenta lúgubre,
Sombrio como un cadalso,
Su redonda superficie,
De mil crímenes teatro.

Era la tarde, y el pueblo
 En torno de él agolpado,
 Que se presente la víctima
 Espera con entusiasmo.

Allí se ve á Moteuczoma
 Bajo de un sólio sentado,
 Cubierto de oro, de plata,
 De esmeraldas y topacios.

En torno de él, la nobleza
 Y los altos dignatarios
 De las comarcas cercanas,
 El lujo ostentan y el fausto.

Del Temalacatl sombrío,
 Nada mas que algunos pasos,
 Seis inmóviles Teopixquis
 Están con los ojos bajos.

Su traje es negro, y su cuerpo
 Desnudo en piernas y brazos,
 Con el teopatli divino
 Se mira recién untado.

Llevan un birrete tosco,
 Negro también, y muy amplio,
 Y debajo del cual salen
 Sus fuertes cabellos largos;

Largos hasta el suelo, y siempre
 Con dos cordones trenzados,
 Teñidos con tinte espeso
 De humo de ocotl aromático.

¶
 Todos callan.....de repente,
 Lo mismo que el Océano
 Se agita el pueblo, se abre,
 Y de uno y de otro lado
 Deja una anchurosa calle
 De fuertes muros humanos,
 En cuyo extremo aparece,
 Con noble desembarazo,
 Tlahuicole, el valeroso

General republicano,
 Héroe de aquellos festejos,
 Y de las miradas blanco,
 Avanza lento y tranquilo

Con majestüoso paso;
 Llega al terraplen, y grave
 La escalinata trepando,

Saluda al rey, que le mira
 No con enojo, con pasmo;
 Y al temalacatl se sube
 Con ánimo sosegado.

Allí espera un breve punto
 Que un pié con un fuerte lazo
 Le aseguren á la piedra
 Que es de la lid escenario.

Danle despues un chimali,
 Escudo de gran tamaño,
 Y un macuahuitl que, aunque corto,
 Está fuerte y bien tallado.

Le dejan solo, en seguida
 Sus ojos grandes, airados,
 Pasea en torno, y espera
 Tranquilo á sus adversarios.

Llega el primero, se miran,
 Y despues de un corto plazo,
 Le divide Tlahuicole
 En dos, el cráneo, de un tajo.

Sube en seguida el segundo,
 Otro despues, y hasta cuatro,
 Y á los piés del tlaxcalteca
 Sucumben casi en el acto.

Grita el gentío; los aires
 Se conmueven al aplauso
 Universal, y la sangre
 Tiñe á torrentes el mármol.

Suben tres mas. Tlahuicole,
 Lleno de heridas, jadeando,
 Aun logra vencerlos, aun
 Rinde al sétimo su brazo.

Hasta que el último sube,
 Y diestro ó afortunado
 El arma le hunde en la frente,
 Y se estremece de espanto.

Entonces, como en el coso,
 La fiera cae en el charco
 De su sangre, hondos mugidos
 De mortal furor lanzando,

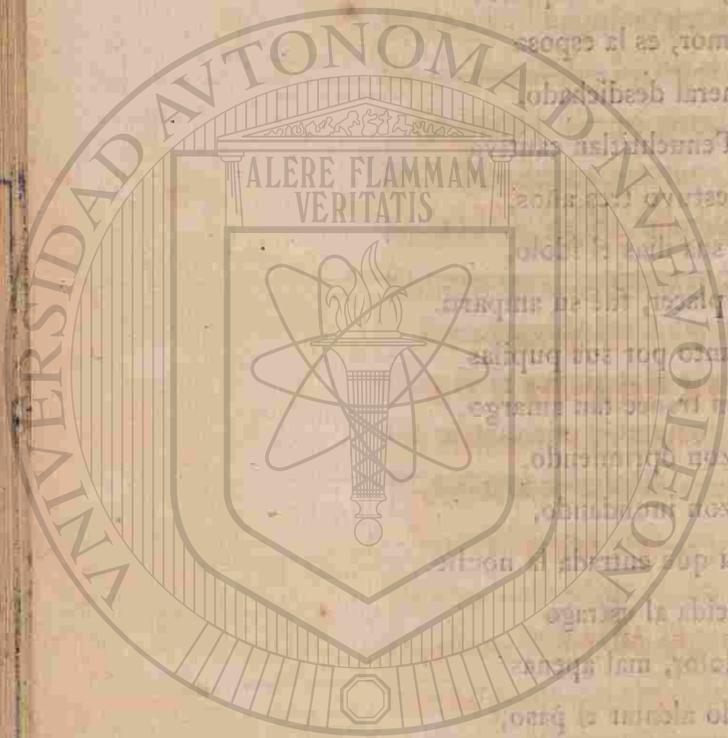
Así rueda Tlahuicole
 Por el suelo; y en el acto
 Los Teopixquis, de su cuerpo
 Sangriento se apoderaron.

Del gran Dios Huichtilopxtli
 Ante el templo venerando,
 Sobre aquella piedra horrible
 De los sacrificios bárbaros,
 El cuerpo aún palpitante,
 De Tlahuicole acostaron;
 Le abren el pecho, le arrancan
 El corazón... humeando
 Y en seguida los Teopixquis
 Con él se acercan á lo alto
 De la escalera, y arrojan
 El cadáver mutilado.

Pasa una hora lentamente,
 Huye el pueblo cabizbajo,
 Nadie hay en torno del triste
 Temalacatl solitario.
 Esperad..... el negro bulto
 Avanza con lento paso,
 De una mujer desolada
 Con un niño entre los brazos.

Llega..... su triste sollozo
 Cruza gimiendo el espacio;
 Es el amor, es la esposa
 Del general desdichado.
 En Tenuchtitlan cautiva
 Con él estuvo tres años,
 Fué de sus días el ídolo,
 Fué su placer, fué su amparo.
 El llanto por sus pupilas
 Brilló en trance tan amargo,
 Su corazón oprimiendo,
 Su corazón inundando,
 Hasta que entrada la noche,
 Desfallecida al estrago
 De su dolor, mal apenas
 Pudiendo alentar el paso,
 Se retiró á su morada,
 Momentos en que asomando
 La luna, bañaba en sangre
 Sus melancólicos rayos.





MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN.

A LA SEÑORA DOÑA MANUELA SERRANO DE VALLE

PRIMERA PARTE

ROMANCE I

El Astrólogo.

En un salon espacioso,

De aquel alcázar soberbio,

Que habitaron los monarcas

Del Anahuác opulento,

En un salon que tapizan

Cien colgaduras de lienzo

Bordado de oro, y que ostenta

El rico arteson de cedro,

Bajo un dosel de oro y fino
 Nácar incrustado en ébano,
 Y sobre un banco de icpali
 Está el Rey nono de México,
 Moteuczoma el poderoso
 Que no hace mucho que ha vuelto
 De una expedición famosa
 En que ha perdido su ejército,
 No combatiendo cual suele,
 Contra el helicoso pueblo
 De Amatlan, que rebelado
 Tremola pendon guerrero;
 Sino al embate furioso
 De una tempestad, que haciendo
 Destrozo grande en sus huestes,
 Le obliga á tornar ligero
 A Tenuchtitlan la hermosa,
 Con los miserables restos
 De una legión combatida
 Por el cansancio y el miedo;
 Que un portentoso cometa
 Su cauda enseña en el cielo,
 Nuncio de grandes desgracias
 Para el trono y para el reino;

Y por eso acongojado
 Está el monarca en su asiento,
 Entrambos brazos caídos,
 Pegada la barba al pecho;
 Ni hace caso de un jicali¹
 Que de oclli² espumoso lleno,
 Le ha presentado una esclava
 Que le sirve con esmero;
 Ni una lengua caña fuma
 Que colma tabaco bueno,
 Con itlilxochitl³ oloroso
 Y otras dos yerbas compuesto;
 Pues piensa solo en que dicen
 Los nigromantes mas viejos,
 Que el cometa y el fracaso
 Que dispersó á sus guerreros,
 Y el incendio repentino
 De las dos torres del templo,
 Le anuncian que de otra tierra,
 Que está del Anáhuac lejos,
 Y por el lado en que luce
 El sol sus rayos primeros,
 Vendrán en son de conquista
 A derrocar su gobierno,

1 Vaso natural.

2 Pulque, licor fermentado que se extrae del maguay.

3 Vainilla.

Sobre palacios flotantes,
Asombro del universo,
Hombres de color distinto
Y de distinto dialecto.

Y el vaticinio le infunde
Un temor tanto mas serio,
Cuanto que Nezahualpilli

Rey del Tezcucano pueblo,
Que fama alcanza de sabio
Y de clarísimo ingenio,

Y á quien Moteuczoma tiene
Por astrologo supremo,

Con pesadumbre le afirma
Que cuanto dicen es cierto,
Y se lo probó dos veces,

¡Triunfando de él en el juego!
Que era el azar el que daba,

Por aquellos raros tiempos,
De extraordinarias costumbres
Y extraordinarios sucesos,

En las dudas mas sencillas,
Y en los mas árdulos empeños,

La victoria al mas taimado,
O mas astuto, ó mas diestro.

Que está impaciente el monarca
Indica claro en su gesto,
Y los instantes que corren
Se le hacen siglos eternos.

A alguno espera, no hay duda,
Pues al rumor mas pequeño
Quiere incorporarse, y torna
Su semblante placentero.

Pero así como en la oscura
Noche, cruza el firmamento
Relámpago repentino,
Quedando despues mas negro;

Así su semblante, torvo
Vuelve á quedar al momento
Mas airado y mas sombrío
Mientras mas avanza el tiempo.

En alternativas tales
Está; mas de pronto oyendo
Cercano rumor de pasos,
Se alza del banco, violento,

Y «véte,» á la sierva dice,
 «Vete;» y en el punto mismo
 Se abrió la régia mampara
 Que da entrada al aposento,
 La cual, despues de dar paso
 A dos hombres, tornó luego
 A cerrarse, y quedó breve
 Rato la estancia en silencio.
 Rompióle al fin el monarca
 Dirigiéndose al mas viejo
 De los dos, que apenas puede
 Tenerse en sus piés de hielo.
 —«Tú, Xoloe, que los destinos
 Penetras de hombres y pueblos,»
 Le dice al humilde anciano
 Que no se atreve ni á verlo;
 Tú que las noches te pasas
 En las estrellas leyendo,
 Para arrancar uno á uno
 Al porvenir sus secretos;
 Tú que en el estudio has visto
 A un siglo encorvar tu cuerpo,
 Llenar tu frente de surcos
 Y de escarcha tus cabellos,

Dime si es cierto el horrible
 Horóscopo que el funesto
 Rey de Acolhuacán descubre
 De tu ciencia en los misterios.»

El astrólogo, confuso,
 Parece de mármol hecho,
 Segun lo pálido y frio
 Que está clavado en su puesto.

«Dí que mi primo se engaña,
 Y te colmaré de obsequios,
 Y te daré una hija mia
 Para que te sirva, en premio.»

El sabio baja los ojos,
 Con justa razon temiendo
 La cólera soberana
 Que oculta el rey con esfuerzo.

«Contesta, Xoloe, no temas.»
 —«Si tu lo mandas.....»

—«Lo quiero.»

—«Nezahualpilli no miente.»

—«¿Luego es la verdad?»

—«Es cierto.»

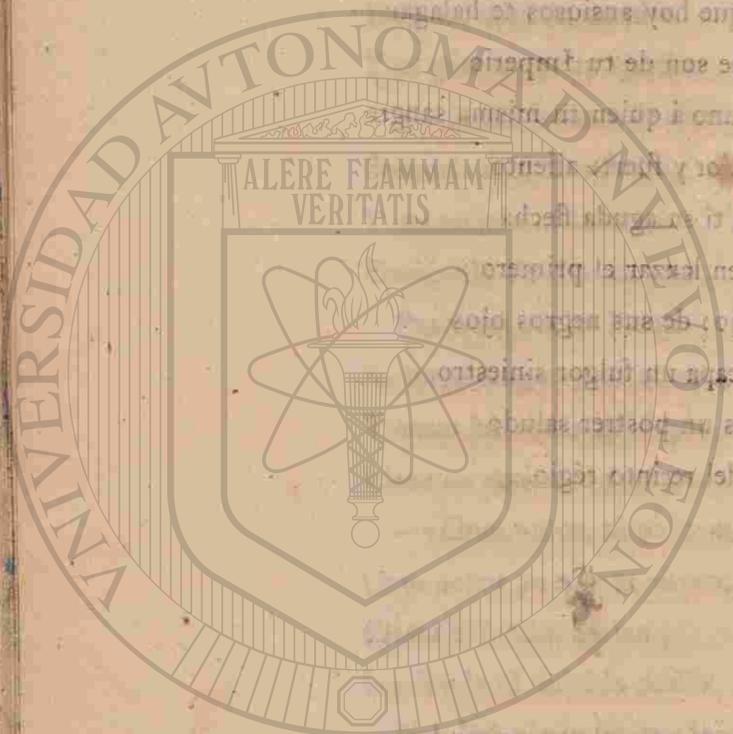
Al comprender Moteuczoma
 Tan grande convencimiento,
 En la áspera cabellera
 Clava con furor sus dedos;

Y ardiendo en ira, se vuelve
 Al otro, que no muy lejos
 Está, en ademán sumiso,
 Y es general de su ejército.
 Y «de ese infame, le dice,
 Préndele á la casa fuego,
 Y manatiado al instante
 Enciérralo de ella adentro;
 Pasto sea de las llamas
 Su torpe lengua y su cuerpo,
 Y hasta las aguas del lago
 Lleve su ceniza el viento.»
 —«Gran señor, si tú lo mandas,
 Gran señor yo soy tu siervo,
 Clama el infeliz anciano
 Irguiendo el sulcado cuello.
 Si hallas placer en que muera,
 Gózate, pues, obedezco;
 Soy tu vasallo, y humilde
 Tu majestad reverencio.
 Pero antes oye: vacila
 En tu débil mano el cetro,
 Y pronto en ella otras gentes
 Pedazos vendrán á hacerlo;

Caerás, sí..... yo te lo juro,
 Y maldecirán tus hechos
 Los que hoy ansiosos te halagan
 Y base son de tu Imperio.
 Y uno á quien tu misma sangre
 Da calor y fuerte aliento,
 Sobre tí su aguda flecha
 Será en lanzar el primero.»
 Dijo: de sus negros ojos
 Se escapa un fulgor siniestro,
 Y tras un postrer saludo
 Sale del recinto régio.



Quedó solo el rey, mirando
 De una gran ventana el hueco,
 Y vió al sol, y el sol poniente
 Hundiéndose á paso lento
 Entre rojizos nublados,
 Como girones sangrientos,
 Alumbró su largo rostro
 Con moribundos reflejos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ROMANCE II

LOS FUNERALES.

El sol que en mitad del cielo
Declina con paso grave,
Vela entre nubes sombrías
Su frente augusta y radiante.
Las tristes aguas del lago
Rizan sus tibios cristales,
Y lánguidamente gimen
Bajo las alas del aire.

Tenuchtitlan aparece
 Cubriendo su bella imagen
 Con ese velo sombrío
 Que precede á las catástrofes.

Hombres, niños y mujeres
 Van en silencio las calles
 Cruzando, con el dolor
 Retrato en los semblantes;
Todos hácia Tlaltelolco
 Se dirigen sin hablarse,
 Como si á expresar su pena
 Con los ojos les bastare.

Sobre una estera de palmas,
 En dos almohadones grandes,
 Duerme Papantzin el sueño
 Último de los mortales.
 Era princesa viuda
 De un general Totonaque,
 A quien ella quiso mucho,
 De quien no pudo olvidarse.

Y fué su pesar tan hondo
 En tan aflictivo lance,
 Que con la viudez llegaron
 Padecimientos y achaques,
 Sin que valieran remedios
 Contra sus físicos males,
 Qué el daño estaba en el alma,
 Y ésta no es fácil que sane.

En Tlaltelolco vivía,
 Donde gobernaban antes
 Ella y su esposo, y en donde
 Gozó placeres fugaces;
 Y allí fué donde la muerte
 Vino á curar sus pesares,
 Velando los tristes ojos
 Que lloraron sin cansarse.

Hermana de Moteuczoma,
 Fué cariñosa, y añaden
 Que el monarca la quería
 Como nunca quiso á nadie;
 Por eso ofrece en persona
 Presidir los funerales;
 Y en el palacio mortuorio
 Todos están esperándole;

Adentro, inmenso gentío
 Que bulle por todas partes,
 De nobles hembras y esclavas,
 De plebeyos y de grandes;
 Y afuera y en dobles filas,
 Por los lados de la calle,
 Más de cuatro mil guerreros
 Vestidos con ricos trages,
 Formados desde la puerta
 Del palacio, hasta la base
 De un elevado edificio,
 Que era el Teocali mas grande.
 Todos con harta impaciencia
 Anhelan que el rey no tarde,
 Aunque por la hora presumen
 Que no estará muy distante.

Llega por fin Moteuczoma

Y de una litera bájase,

De dolor intenso dando

Inequivocas señales.

Lleva un xuihtimatli¹ airoso
 Bordado con plumas de ave
 Blancas y negras y azules,
 Como las alas del ánade.

Cubre su augusta cabeza
 El copilli² hecho con arte,
 De sutiles hojas de oro
 Salpicadas de diamantes,

Al través del cual se miran
 En el cabello trenzarse,
 De Quachichtin y de Ocelo
 Las órdenes militares.

Y tiene los pies calzados
 Con zuelas de oro brillante,
 Sujetas con trenzas de hilo
 De plata y piedras que valen.

Viene con su corte toda
 Y un séquito inmenso trae

De príncipes y señores

Tributarios principales.

Y llegan en pos, y llegan

En orden, según sus clases,

Ministros y mayordomos,

Bufones, criados y pages.

¹ Vestido que el rey usaba en palacio y en algunas ceremonias.

² Corona, especie de mitra pequeña.

Todos vestidos con plumas
Y adornados con collares
De ametistas y esmeraldas,
En delicados engarces.

Cuando apenas del palacio
Llegó el rey á los umbrales,
Por la gran puerta salía
De la princesa el cadáver.

En vestirla se esmeraron
Con quince exquisitos trages
Hechos con labores finas
De algodón de rica clase.

Iba cubierta de joyas
De plata y oro, con jaspes

De brillantados colores,
Dados con bruñido esmalte,
Y suspendida del labio

Una esmeralda muy grande,
Saliendo bajo una máscara
Que le cubría el semblante.

Precedían al entierro
Los nobles con su estandarte,
Donde el escudo campea
De las insignias reales.

Ostenta un águila negra
En actitud de lanzarse
Sobre un tigre, que dispone
Sus garras para el combate.

Iba el monarca en seguida,
Andando con paso grave
Sobre esteras, porque el suelo
Con las plantas no tocarse;

Luego la corte, formando
Raro conjunto, admirable,
De tilmatlis¹ y cimeras,
Yelmos, armas y collares;

Después la muerta, tendida
En angarillas de áloe,
Por seis esclavos cargada,
Que gimen sin consolarse.

Y van por último tristes,
Y llanto vertiendo á mares,
Los Teopixquis² que entonaban
Las cántigas funerales.

¹ Traje de los mexicanos.

² Sacerdotes.

Así en procesion llegaron
 Al atrio del templo grande,
 Donde en presencia de todos
 Y junto al mismo cadáver
 Sacrificaron á muchos
 Que eran sus esclavos antes,
 Y al capellan que atizaba
 La lumbre de sus altares.
 Terminada ya la horrible
 Ceremonia, que complace
 A un pueblo que mas parece
 De tigres que de salvajes,
 Desanda el mismo sendero
 La procesion, sin turbarse
 En nada el órden seguido;
 Y sin que en su alma llevasen
 Un eco los concurrentes,
 De los lastimeros ayés
 Con que las puertas del templo
 Estremecieron los mártires,
 Cuyos cuerpos comenzaban,
 Tintos en caliente sangre,
 A rechinar en la hoguera,
 Pasto de llamas voraces.

Hay en el mismo palacio,
 Y cultivado con arte,
 Lindo jardin que un arroyo
 Riega con mansos cristales;
 Le forman verdes murallas,
 Cien ahuehuetes gigantes,
 Y acequías lo defienden
 Y cercan por todas partes.
 Brindan esencia á las auras
 Y regocijo á las aves,
 Flores de exquisito aroma
 Y de variados esmaltes;
 Y en un extremo hay un bosque
 Cuyas ramas colosales
 Se cruzan sobre una cueva
 Do apenas circula el aire,
 Y de esta cueva no lejos,
 Rodeado de tiernos árboles,
 Un estanque trasparente
 De clara linfa hace alarde,
 En donde Papantzin iba
 Frecuentemente á bañarse,
 Cuando su velo de sombras
 Pálidas tendia la tarde;

O, si el tiempo estaba frío,
Sobre su borde á sentarse,
Para gozar de las flores
Que crecén en los arriates,
A respirar el aroma
Que de ellas el aura trae,
Y á buscar en sus recuerdos
Un consuelo á sus pesares.

Entre el estanque y el bosque
Sus pasos lentos y graves
La fúnebre comitiva
Detuvo un solemne instante,
E introduciendo en la cueva
Los nobles restos mortales,
Cubrieron la negra boca
Con unos delgados mármoles.



ROMANCE III

LA REVELACION

En un gran salon oblongo,
El mismo en que daba audiencia,
Moteuczoma Xocoyotzin
Está sentado á la mesa:
Era esta una almohada dura
Cubierta de fina tela,
Como la nieve de blanca,
Y como la nieve tersa.

O, si el tiempo estaba frío,
Sobre su borde á sentarse,
Para gozar de las flores
Que crecén en los arriates,
A respirar el aroma
Que de ellas el aura trae,
Y á buscar en sus recuerdos
Un consuelo á sus pesares.

Entre el estanque y el bosque
Sus pasos lentos y graves
La fúnebre comitiva
Detuvo un solemne instante,
E introduciendo en la cueva
Los nobles restos mortales,
Cubrieron la negra boca
Con unos delgados mármoles.



ROMANCE III

LA REVELACION

En un gran salon oblongo,
El mismo en que daba audiencia,
Moteuczoma Xocoyotzin
Está sentado á la mesa:
Era esta una almohada dura
Cubierta de fina tela,
Como la nieve de blanca,
Y como la nieve tersa.

De barro del de Cholollan,
 Sobre ella, exquisita y nueva,
 Una costosa vajilla
 Su rara labor ostenta,
 Y en una copa de oro
 Cincelada con destreza,
 Que luce finos engastes
 De conchas del mar y perlas,
 Cubierto de espuma hirviente
 Que su calidad revela,
 Un chocolate que perfuman
 Varias olorosas yerbas,
 Cautiva al rey que lo toma
 Con un pan que le deleita,
 Hecho de harina amasada
 En blanca miel y con yemas.
 Le acompañan sus ministros,
 Cuatro mujeres muy bellas,
 Y Tapia su mayordomo,
 De la flor de la nobleza,
 Estos son únicamente
 Quienes presencian su cena;
 Que á mas de ellos, para todos
 Están cerradas las puertas.

El monarca aquella tarde
 De contento daba muestras;
 Que nunca el placer se puede
 Ocultar, cual la tristeza.
 Estaba locuaz, festivo,
 Y en contra de lo que cuentan
 De la ruina de su imperio,
 Desata mordaz la lengua;
 « En vano los que consultan
 —Decia— allá en las estrellas,
 Intentan amedrentarme
 Con proféticas sentencias.
 Esta vez Nezahualpili
 Es innegable que yerra,
 Y que su genio extravía
 Por los campos de la ciencia.
 Delira... mas no me asusta... —
 ¡Que rey de Acolhuan no fuera!—
 Como el otro, entre las llamas
 Me pagaría su ofensa. —

Él desazona á mis huestes
Que con sus augurios tiemblan;
Solo yo me burlo de ellos,
Solo yo los menosprecia.»

Y al decir esto, reía
Con carcajadas histéricas,
Como el cobarde que teme
Y que su miedo desecha;
Como aquel que aliento y brios
Por aparentar se esfuerza,
Y en el semblante risueño
Lívido el temor demuestra.

Interrumpe el débil curso
De su risa descompuesta,
El que en palacio á tal hora
Cargo de ugier desempeña,
El cual, entrando en la estancia,
Paróse junto á la puerta
Y dijo así con voz grave,
Después de tres reverencias:

« El Señor rey de Tescuco,
Nezahualpili, desea
Obtener del soberano
Una breve conferencia.»

Oyelo el monarca; al punto
El torvo entrecejo pliega,
Y suda, y heladas gotas
Por la ancha frente le ruedan;
Y con tembloroso labio
Y acento que indica á leguas
Grande disgusto, que pase
El rey de Tescuco, ordena.

Hecho el saludo de estilo,
Ambos monarcas se sientan,
Y el Tescucano su objeto
Expresó de esta manera:

« Señor, tu hermana Papantzin
A quien tú juzgabas muerta,
So las gradas del estanque
Que está de su tumba cerca,

Salió esta tarde á gozar
 De la suave brisa fresca,
 Placer que le agrada mucho,
 Antiguo y genial en ella.
 A los ojos de una niña
 Que entre las flores traviesa,
 Brincando pasa las tardes,
 Como siempre se presenta:
 Papantzin la llama, dulce
 Las tiernas mejillas besa,
 Y con blanda voz, que avise
 Al mayordomo le ruega:
 La esposa de éste, á la súplica
 Infantil, al sitio vuela;
 Y desvanecida cae
 Al ver allí á la princesa.
 La niña llora; á sus gritos
 Innúmera gente llega,
 Que con asombro indecible
 Tan gran prodigio contempla.
 Tu hermana á todos les habla,
 Les convence y les consuela,
 Y que me llamen les pide
 A los que allí la rodean.

Yo la he visto, y en su nombre
 Te suplico, que sin tregua,
 A Tlaltelolco te llegues
 Que en su palacio te espera.»
 Dice así Nezahualpili,
 Y Moteuczoma, que apenas
 Puede respirar, se oprime
 La vacilante cabeza.
 El corazon se le salta
 Y en rudos vuelcos golpea
 El débil pecho angustiado,
 Que es para él cárcel estrecha.
 Hasta que al fin entreabriendo
 La boca que nieve alienta,
 Con entrecortadas frases
 Y mal combinadas señas,
 Ordena al ugier que al punto
 Le acerquen la ancha litera,
 En la cual, á poco rato,
 Con el rey su primo entra,
 Y al palacio se dirige,
 Donde su hermana lo espera,
 Por el temor dominado
 A la par que de impaciencia.

En un banco de agaloco¹
 Con albas talas cubierta,
 Está Papantzin sentada
 Muy pálida, aunque serena.
 Ocho esclavas la acarician,
 Que lloran de gozo al verla,
 Y del xochiocotzotl² grande
 Preciosa resina quemán;
 Humo que en loor de los dioses
 Sencillas cántigas lleva,
 Por el favor que reciben
 Y por el bien que les prestán.
 Que su hermano niegue el hecho
 Teme la noble princesa,
 Y otra segunda embajada
 A dirigírle se apresta,
 Cuando oye ruido de pasos
 Y ve á Moteuczoma que entra;
 Moteuczoma, que al mirarla
 Como una estátua se queda.

1. Aloe.

2. Liquidambar.

¡Era cierto! de la duda
 No lo envuelven las tinieblas,
 Y tal milagro patente
 Ante sus ojos se muestra.
 —«Ayer la enterré» — murmura
 El rey con faz descompuesta,
 Y se desploma en un banco
 Que dos mujeres le acercan.
 Sepulcral es el silencio
 Que en la ancha cámara reina,
 Y á que hable Papantzin todos
 Los circunstantes esperan;
 Quien arreglando su trage,
 Después de pedir la venia,
 Con voz débil y argentina,
 Así su relato empieza:

«Señor, cuando en los brazos de los míos
 Dejé de respirar, tal vez no muerta,
 Falta sí de sentido, halléme sola,
 Sola y en medio de llanura extensa,

Ni un árbol, ni una flor, ni planta alguna
 Miraba en su extension árida y seca;
 Ni arroyo manso, ni sonora fuente,
 Ni ave gentil, ni corpulenta fiera.

Solo y cerca del sitio en que yo estaba
 Iba arrastrando su corriente inmensa
 Un caudaloso rio cuyas olas
 Unas tras otras con fragor estrella.

Al espantoso ruido que llevaba,
 Sentí helarse la sangre de mis venas,
 Y á cruzar una fuerza me impelia
 La mole de sus ondas verdinegras.

Resuelta estaba ya, mi pié desnudo
 Tocaba el agua con la planta inquieta,
 Cuando sentí una mano sobre el hombro,
 Y un acento escuché que dijo: «espera.»

Alcé la vista, y á los ojos míos
 Apareció un doncel, de forma esbelta,
 Vestido con un traje reluciente,
 Como la blanca luz de las estrellas.
 Sostenido en el aire parecía
 El tlauquechol que majestuoso vuela
 Con dos alas de plumas vaporosas,
 Sonrosadas, flotantes y ligeras.

« Espera, sí, me dijo, no es aún tiempo
 De que intentes ganar la orilla opuesta;
 Hay un Dios que te quiere y te conoce,
 Y por eso á la fin serás su sierva.»

De allí el gallardo jóven me condujo
 Caminando por la húmeda ribera,
 En donde ví esparcidos muchos huesos,
 Y pálidas y humanas calaveras.

Y á escuchar comencé tristes gemidos
 Que el pecho me rasgaban con fiereza,
 Punzando cada poro de mi cuerpo
 Un espantoso frio que aun me hiela.

Torné luego á mirar hácia las olas,
 Y sobre el filo de sus blancas crestas,
 Unas barcas enormes navegando
 A mi asombrada vista se presentan.

Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres
 De distinto vestir de nuestra tierra,
 Con escamas de plata sobre el busto,
 Y yelmos de metal en la cabeza,

Los ví con estandartes en las manos,
 De blanco cútis y mirada fiera,
 Teñidas las mejillas de achiote,
 Con labios de coral y barbas negras.

Entonces el doncel que sonreía
 Del profundo estupor de que era presa,
 Mirándome con ojos compasivos,
 A hablarme comenzó de esta manera:

«Dios quiere que en el mundo todavía
 Arrastres largo tiempo tu cadena,
 Y de grandes revueltas y batallas
 Que aquí sobrevendrán, testigo seas.

Los gemidos tristísimos que oíste
 De este río en las márgenes desiertas,
 Son ayes del dolor de tus mayores
 Que sufren cruda, perennal condena.

Son los gritos de angustia que provocan
 Las culpas infinitas del que yerra;
 Las culpas que en el alma se castigan
 Con horribles tormentos que no cesan.

Y esos hombres que llegan en la barca,
 A tu patria infeliz traen la guerra;
 Y dueños y señores absolutos,
 Con las armas, al fin, serán de ella:

Publicarán con su victoria el nombre
 Del Hacedor del cielo y de la tierra,
 Y arrojarán los ídolos de barro
 Donde la luz del sol nunca penetra.

Y cuando el baño santo se promulgue,
 Serás en recibirlo la primera;
 Para que á los demas de ejemplo sirvas
 Con ritos nuevos y oraciones nuevas.»

Al decir estas palabras

Envuelto entre nubes densas,

Desapareció el mancebo

Arrebatado por ellas.

Sentí en mi pecho la vida,

Sentí renacer mis fuerzas,

Y del recinto sombrío

Saqué la planta ligera;

De mi tumba á leve impulso

Cayó la delgada piedra.

Lo demas, ya tú lo sabes,

Gran Señor, haz lo que quieras.»

Cayó Papantzin; atónito
 El gran Moteuczoma queda,
 Y ni una sílaba escasa
 Puede articular su lengua.
 La blanda silla abandona,
 Nublada la frente régia,
 Dando en el rostro señales
 De lo que en su pecho lleva.
 Que hay sensaciones tan hondas
 Que no en frases se revelan,
 Que pesan tanto en el alma
 Que dentro el alma se quedan.
 Salió sin mirar á nadie,
 De casa de la princesa,
 Y retiróse á un palacio
 Que triste y de luto era,
 Donde pasó largos días
 Y largas noches inquietas,
 A acerbo ayuno entregado
 Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

ROMANCE I

LA RECEPCION.

Entre un mar surcado apenas
 Y un mundo desconocido,
 Hernan Cortés, temerario,
 Manda quemar sus navíos.
 Un puñado de valientes
 Contempla tanto heróismo,
 Y cada cual se propone
 Volver al suelo nativo;

Cayó Papantzin; atónito
 El gran Moteuczoma queda,
 Y ni una sílaba escasa
 Puede articular su lengua.
 La blanda silla abandona,
 Nublada la frente régia,
 Dando en el rostro señales
 De lo que en su pecho lleva.
 Que hay sensaciones tan hondas
 Que no en frases se revelan,
 Que pesan tanto en el alma
 Que dentro el alma se quedan.
 Salió sin mirar á nadie,
 De casa de la princesa,
 Y retiróse á un palacio
 Que triste y de luto era,
 Donde pasó largos días
 Y largas noches inquietas,
 A acerbo ayuno entregado
 Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

ROMANCE I

LA RECEPCION.

Entre un mar surcado apenas
 Y un mundo desconocido,
 Hernan Cortés, temerario,
 Manda quemar sus navíos.
 Un puñado de valientes
 Contempla tanto heróismo,
 Y cada cual se propone
 Volver al suelo nativo;

Tornar á la patria un día,
 Pero de la patria digno,
 O perecer en la lucha
 Si no puede conseguirlo.

Arden las barcas, y el fuego
 Alumbra el mar cristalino
 Reflejándose en las nubes

Con brillante colorido,
 Como una aurora de gloria
 Que anuncia, tras de un martirio
 Largo y penoso, felices
 Años en ventura ricos.

Y que los nombres de aquellos
 Soldados esclarecidos,
 Vivirán eternamente
 Por los siglos de los siglos.

Viniendo de Ixtapalapan,
 Pasado Mexicaltzingo,
 Coyohuacan y Mixcoac,
 En un punto en que el camino

Se parte en dos, se detuvo
 Aquel ilustre caudillo
 Que un mundo arrojó valiente
 A los piés de Cárlos quinto.

Hernan Cortés, rodeado
 De un ejército mezquino
 En número, pero grande
 Por lo bravo y aguerrido,

Recibió los parabienes
 De dos mil guerreros indios,
 Que en nombre de su monarca
 Salieron á recibirlo.

Todos esmeradamente
 Alhajados y vestidos,
 Pasaron ante sus ojos
 Humillándose sumisos,

Tocando la tierra, y luego
 Besándose al punto mismo
 Las manos, que entre ellos era
 La ceremonia de estilo.

Terminado este aparato,
 Siguió su marcha el altivo
 General, y á media legua
 De México tuvo aviso

De que el monarca de Anáhuac
 Ir á su encuentro ha querido,
 Para rendirle homenaje
 Y admiracion, de que es digno.

Hombre que así se rodea
 De tal fama, y tal prestigio
 Ha conquistado en sus vastos
 Y poderosos dominios.

En una litera hermosa,
 De cedro en labores rico,
 Y reforzado con planchas
 De plata y oro bruñido,
 Bajo un parasol que forman
 Cuatro abiertos abanicos
 De plumas rojas y verdes
 Sujetas con blancos hilos,
 Que en el vértice, entre piedras
 Que roban al sol su brillo,
 Tiene una águila afianzando
 Negra culebra en el pico,

Apareció el rey de Anáhuac
 Con aire grave y tranquilo,
 Sofocando de su pecho
 El tumultuoso latido.

Más de doscientos señores
 Profusamente vestidos,
 Pero descalzos y andando
 Por los lados del camino,
 De respeto en señal, iban

De tres nobles precedidos
 Que llevaban en las manos
 Tres barras de oro esculpido;

De la majestad presente
 Para el pueblo claro indicio,
 Pueblo que á su rey seguía
 Sin penetrar sus designios,

Como su rey temeroso,
 Y como un rey abatido,
 Y enclavados en el suelo
 Los húmedos ojos fijos.

Cuando cerca uno del otro
 Aquellos dos enemigos,
 (Que tal vez nunca lo fueron
 Según parece en los libros),
 Se avistaron, un instante
 Hirvió confuso el gentío,
 Cada cual buscando ansioso
 Mejor puesto y mejor sitio;
 Y aztecas y castellanos
 Admiraron su atavío,
 En tanto se detuvieron
 El rey y el soldado ínclito.
 Del brindon bajóse el uno
 Con muestras de regocijo,
 Y de la litera el otro
 Con el semblante tranquilo;
 Dejando mirar empero,
 En sus ojos, repentino
 Pavor que tras de los párpados
 Procura esconder solícito.
 Que al ver tan de cerca al hombre,
 Héroe de tantos prodigios,
 Siente á su pesar que eriza
 Su cuerpo un escalofrío,

Y que le tiemblan las piernas
 Y le zumba en los oídos
 Con acento pavoroso
 La voz de sus adivinos.
 Y de Papantzin se acuerda,
 Papantzin que en el recinto
 De Tlaltelolco, aun asusta
 A los que muerta la han visto;
 Papantzin, que vive sola,
 Y que absorta en su retiro
 Ve realizado el sueño
 Que le embargó los sentidos.

Cortés ante Moteuczoma,
 Gallardo, aunque conmovido,
 Hizo un saludo profundo,
 Y el monarca hace lo mismo;
 Cortés le cuelga en el cuello
 De grandes cuentas de vidrio
 Un engarzado rosario
 Que desde Europa ha traído,

E intenta abrazarlo, pero
 Se le oponen los ministrós;
 Que fuera gran desacato
 Esa muestra de cariño.

¡Quién entonces les dijera!
 Ay, quién les hubiera dicho
 Que ha de sujetarlo un día,
 No con los brazos amigos,
 Sino en oscuro aposento,
 Con eslabonados grillos!

¡Quién entonces lo dijera!
 ¡Quién se los hubiera dicho!

El monarca con los ojos
 Le dió las gracias al ínclito
 Español, por esa muestra
 De afecto no permitido.

Y recompensa, riendo,
 Al obsequioso caudillo,

Con dos collares de nácar
 Hechos con gusto exquisito,
 Del cual pendían algunos

Cangrejos de oro macizo,
 Del natural imitando
 Las formas y el colorido.

Después de breves arengas,
 En que se dieron recíprocos
 Parabienes por la honra
 Que al mirarse han recibido,

Se separaron entrambos
 Tomando rumbo distinto,
 El uno asaz caviloso
 Y el otro asaz pensativo.

El rey, para dirigirse
 Vía á su alcazar, seguido
 De sus nobles y guerreros

Que le acompañan mohinos;
 Y Cortés con Cuitlahuatzin

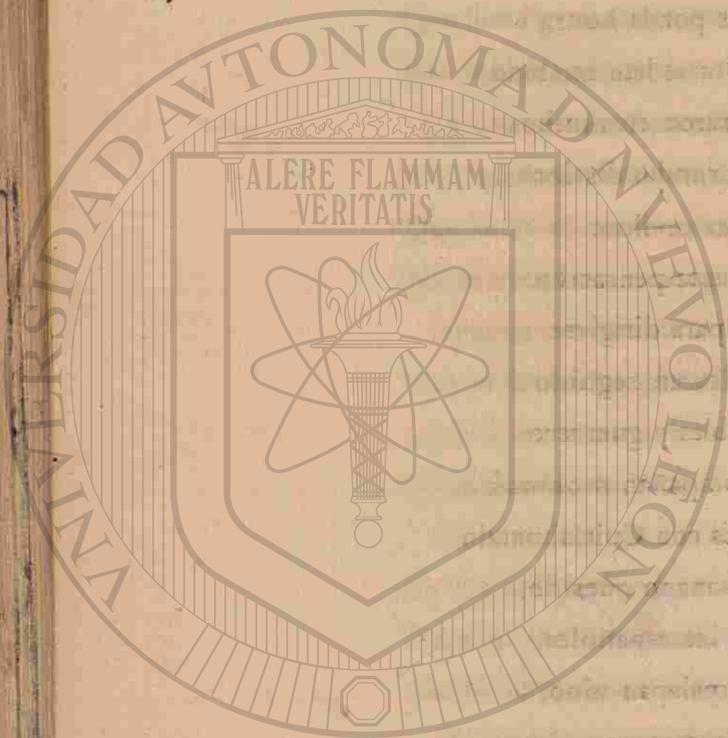
Del rey hermano querido,
 Y que con los españoles
 Desde Ixtapalapan vino,

Hacia un cercano palacio,
 Murado y fuerte edificio

Que supo admirar cual siempre
 Por lo grande y por lo limpio,

Y al cual entró con sus tropas,
 Como ellas envanecido,

En medio de un populacho
 Que el aire aturde con gritos.



ROMANCE II

LA PRISION.

Cortés estuvo seis lunas

En México, temeroso

De traiciones y celadas,

Que eran en número corto

Sus tropas, y bien podia

El rey, si cambia de modo

De pensar, en un momento

Exterminarlos á todos.

Y un pensamiento concibe
 Que por lo atrevido, loco
 Parecióle algunas horas
 A su espíritu coloso;
 Pero consultando luego
 Con sus capitanes doctos,
 Se obstina más en su idea,
 Que en ellos encuentra apoyo,
 Y resuelve apoderarse
 De Moteuczoma, que es solo
 El medio de estar seguro
 En lugar tan peligroso.
 Y va con sus compañeros
 Alvarado, Ordaz, y otros,
 Y con Marina, la india,
 Que era el imán de sus ojos,
 A palacio, y pide audiencia,
 Y obteniéndola, animosos
 Invaden la régia estancia
 A poner su plan en logro;
 Plan gigantesco que puede
 De agudo delirio, aborto
 Parecer... empero tuvo
 Término breve y famoso.

Cortés despliega el primero
 Los labios, y en su socorro
 Llamando á toda su astucia,
 Comenzó á hablar de este modo:
 —«Vengo, gran rey, á decirte
 Que tu vasallo el odioso
 Señor de Nauhtlan (funesta
 Nueva que adquirí hace poco),
 Sé que hostiliza á los míos
 En Veracruz, y que ha roto
 El juramento sagrado
 Que en tu nombre hizo á nosotros,
 Matando á Escalante, gefe
 Denodado y valeroso
 Que pereció batallando,
 A quien como hermano lloro.
 Y pues que de tal suceso
 Te dan por autor, no á otro,
 Queriendo á mi soberano
 Cuenta cumplida dar pronto
 Y satisfaccion bastante
 De un agravio tan notorio,
 Vengo á saber tus disculpas,
 Y si por buenas las tomo.»

Al escuchar tales frases,
Se alza el rey; miedo y enojo
Pinta en su faz, y bajando
Dos escalones del solio:

—«Mis enemigos te engañan,»

Dice al fin con agrio tono:
«Yo á mi palabra no falto,

Y aquel atentado ignoro;

Y si es el Señor de Nauhtlan

Culpable, yo te respondo

De que será castigado

Como cumpla á mi decoro.»

—«No dudo, replica el héroe,

Que la calumnia á tu rostro

Pretenda lanzar, inícuo,

Negro baldon afrentoso;

Por lo mismo yo pretendo,

Para que conozcan todos

La estimacion que nos tienes,

De perfidia sin asomo,

Y para que el rey mi amo

Se satisfaga del todo,

Que vengas á mis cuarteles

A vivir entre nosotros.»

Dos mas escalones baja
Moteuczoma, y clava absorto
En Hernan Cortés, abiertos
Enormemente los ojos.

—Y ¿cómo quieres, le dice,
Que sin degradarme, cómo,
Me deje prender, hundiendo
Mi dignidad entre el lodo?

Y si consiento, ¿tú crees
Que abandonado á mi propio
Me déjara mis vasallos
Prisionero entre vosotros?

Nada contendrá el torrente
De su furia y de su encono,
Y ayudados de los dioses
Volarán en mi socorro!»

El español con acento
Seguro y con gran aplomo,
Atusándose el bigote,
Le contesta de este modo:

—«¿Por qué ha de extrañar tu pueblo
Que nos des un testimonio
De amistad? Si en mis cuarteles
Vivió tu padre el glorioso

Axayacatl, es muy justo
 Que bajo el techo que mozo
 Te dió abrigo, determines
 Buscar tranquilo reposo;
 Dando además una prueba
 A tus pueblos numerosos,
 Del afecto que nos guardas
 Del corazón en el fondo.
 Mas si es que intentan los tuyos
 Algo contra mí, no somos
 Débiles mujeres miseras
 Sin amparo y sin apoyo;
 Armas tengo y brazos fuertes
 Y proyectiles de plomo,
 Y ¡vive Dios! que con ellos
 Sabré castigar su arrojó.»
 Con faz color de ceniza
 El rey escuchaba atónito,
 Brotando sudor la frente
 Por cada uno de sus poros;
 Y la vista revolviendo
 Con grandes muestras de asombro,
 La posa al fin en Marina
 Interrogándole absorto.

En este momento uno
 De los capitanes, rojo
 De cólera, y del buen éxito
 De la empresa temeroso,
 Mirando que el rey vacila
 Y que su miedo es notorio,
 Dirigiéndose á su gefe
 Clama con acento ronco:
 —«Séllense ya nuestros labios,
 Válganos la fuerza solo,
 O que aquí pierda la vida
 Si nos conoce tan poco.»
 Y dando claras señales
 De brío, con aire torvo
 Golpeó la acerada diestra
 Del espadin en el pomo.
 Torna el rey mas azorado,
 Mas pálido y tembloroso,
 A interrogar á Marina
 Con los rayos de sus ojos,
 Y esta le dice que acceda
 A lo que piden, gustoso;
 Que aquellos hombres son tercios
 Y están resueltos á todo.

Que acceda, y será tratado
 Como cumple á su decoro,
 Que en ello le iba la vida;
 Que se resolviese pronto.

Y cedió bajo el impulso
 De un terror supersticioso
 Que ha tiempo le han sugerido
 Papantzin y los astrólogos.
 Juzgó ya llegado el tiempo
 De bajar del alto solio,
 Cumpliendo con el mandato
 De los dioses poderosos.

En litera y con la guardia
 De sus nobles, salió á poco,
 Y al cuartel del castellano
 Llegó conducido en hombros;
 Y en un oscuro aposento,
 Despues de quedarse solo,
 Dejó que corriera el llanto
 Por sus mejillas, copioso.

Vencido quedó Narvaez
 Y sin dar el tiempo plazo
 Tomó á México originoso
 Del nuevo mundo el castro
 Turbos empero, el contrario
 De su pecho sobrehumano
 Al encontrar á los suyos
 En grave apuro animados
 Pues halló de los guerreros

ROMANCE III

Y los nobles mexicanos
 Sentir más tiempo no quisieron
 La prisión del soberano
 Y halló que disperso en nubes
 El combate.
 Hicieron el poblado
 En axotes y torres
 Y alrededor del palacio

Cortés partió á Cempoala
 Donde estaba rebelado.
 El proveyó
 Contra el Pánfilo Narvaez
 Con ochocientos soldados;
 Y Motecuzoma cautivo
 Compañero
 Queda en el ibero campo
 En las prisiones
 Y en la custodia
 De regir
 Del capitán Alvarado.

Que acceda, y será tratado
 Como cumple á su decoro,
 Que en ello le iba la vida;
 Que se resolviese pronto.

Y cedió bajo el impulso
 De un terror supersticioso
 Que ha tiempo le han sugerido
 Papantzin y los astrólogos.
 Juzgó ya llegado el tiempo
 De bajar del alto solio,
 Cumpliendo con el mandato
 De los dioses poderosos.

En litera y con la guardia
 De sus nobles, salió á poco,
 Y al cuartel del castellano
 Llegó conducido en hombros;
 Y en un oscuro aposento,
 Despues de quedarse solo,
 Dejó que corriera el llanto
 Por sus mejillas, copioso.

Vencido quedó Narvaez
 Y sin dar el tiempo plazo
 Tomó á México originoso
 Del nuevo mundo el castro
 Turbó el imperio, el contento
 De su pecho sobrehumano
 Al encontrar á los suyos
 En grave apuro animados
 Pues halló de los guerreros

ROMANCE III

Y los nobles mexicanos
 Sentir más tiempo no querían
 La prisión del soberano
 Y halló que disperso en nubes
 El COMBATE.
 Hicieron el poblado
 En axotes y torres
 Y alrededor del palacio

Cortés partió á Cempoala
 Donde estaba rebelado
 Contra el Pánfilo Narvaez
 Con ochocientos soldados;
 Y Motecuzoma cautivo
 Queda en el ibero campo
 Bajo la ruda custodia
 Del capitán Alvarado.

Vencido quedó Narvaez,
Y sin dar al tiempo plazo,
Tornó á México orgulloso
Del nuevo triunfo alcanzado.

Turbóse, empero, el contento

De su pecho sobrehumano,
Al encontrar á los suyos

En grave apuro alarmados;

Pues halló que los guerreros
Y los nobles mexicanos,

Sufrir mas tiempo no quieren

La prision del soberano;

Y halló que disperso en masas

Hierve atroz el populacho,

En azoteas y torres

Y alrededor del palacio;

Y á los españoles lanza

No sin perjuicio y estragos,

El proyectil de sus hondas

Y el golpe aleve del dardo!

Combates hay dia á dia

En las plazas y en los atrios,

Y arroyos zanjañ las calles

De sangre roja de bravos.

En su encierro Moteuczomá,
Desde un balcón enrejado,
En cotidianos combates
Ve morir á sus vasallos;

Y teme verlos vencidos
En la lucha al fin y al cabo;
Y que su reino y su trono
Quede en poder de los blancos.

Y... qué tristes pensamientos
Vinieron á fatigarlo
Robándole al sueño dulce
La grata paz y el descanso!

De las insignias reales
Vestido, y grande aparato,
En la azotea mas alta
De su prision, rodeado

De sus decanos ministros
Y de un sacerdote anciano
A quien el pueblo venera
Por su virtud y sus años,

En silencio aun mas profundo
 Los guerreros aztecanos,
 Quedáronse sumergidos,
 Pero solo un breve rato;
 Pues cual suele en la espesura
 Del monte escucharse airado
 El ronco rugir del mixtli,
 Que á su hambre no encuentra pasto,
 Así se oye la voz ruda
 De Quauhtemotzin, que alzando
 Con brazo nervudo y fiero
 La visera de su casco;
 Cubierto de sangre y lodo,
 Y sus miradas fijando
 En el augusto semblante,
 Clama con acento áspero:
 — «¿Y tú eres el que nos hablas
 De esa manera, menguado?
 ¿Tú el que baldonas mi extirpe
 De nobles antepasados?
 ¿Tú el cobarde, tú el que vendes
 La patria á viles extraños,
 Y el que por miedo se entrega
 Prisionero entre sus manos?

Deja que corra la sangre,
 Si no has sabido evitarlo,
 Y el débil huso y la rueca
 Maneja torpe entretanto,
 Que mientras hilas tranquilo,
 Aquí la muerte esperamos,
 Y moriremos con honra
 Los que nacimos honrados.
 Y diciendo estas palabras
 Asíó tembloroso el arco,
 Del cual contra el rey al punto
 Partió una flecha silbando.
 Como las aguas del río
 Al encontrar á su paso
 Cortada á pico, en las cumbres,
 La pendiente de un barranco,
 Con ímpetu se desbordan
 Ondas tras ondas, rodando
 Sin que la corriente pueda
 Detener el curso raudo,
 Así las hirvientes olas
 De aquel atroz populacho,
 De Quauhtemotzin al punto
 El torpe ejemplo imitando,

Se precipitan furiosas
 Contra su rey indignado;
 Y de improperios y piedras
 Puebla al instante el espacio.
 Y aunque el noble Moteuczoma,
 De dos rodelas armado,
 Quiere defender el cuerpo
 Del furor de sus vasallos,
 Recibe en la augusta frente
 Un golpe de honda, y airado,
 Al descubrirse, le clavan
 Aguda flecha en un brazo.
 Se baña en su sangre, cae,
 De furia y de rabia pálido,
 Y en hombros de sus ministros
 Es conducido á su cuarto.

¡Cunde la horrible noticia;
 Tiembla el valor castellano;
 El pueblo grita entusiasta
 Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

EL DELIRIO.

Un solo instante aparece
 Tras de los montes la luna
 Y el viento en torno á su frente
 Torvo nublado acumula
 Ni un astro errante en el cielo
 Con pálida luz fulgura,
 Y algo de fúnebre y tristería
 La creacion entera anuncia.

Se precipitan furiosas
 Contra su rey indignado;
 Y de improperios y piedras
 Puebla al instante el espacio.
 Y aunque el noble Moteuczoma,
 De dos rodelas armado,
 Quiere defender el cuerpo
 Del furor de sus vasallos,
 Recibe en la augusta frente
 Un golpe de honda, y airado,
 Al descubrirse, le clavan
 Aguda flecha en un brazo.
 Se baña en su sangre, cae,
 De furia y de rabia pálido,
 Y en hombros de sus ministros
 Es conducido á su cuarto.

¡Cunde la horrible noticia;
 Tiembla el valor castellano;
 El pueblo grita entusiasta
 Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

EL DELIRIO.

Un solo instante aparece
 Tras de los montes la luna
 Y el viento en torno á su frente
 Torvo nublado acumula
 Ni un astro errante en el cielo
 Con pálida luz fulgura,
 Y algo de fúnebre y tristería
 La creacion entera anuncia.

Ruje el aquilon. La noche
 Con densa, impalpable bruma,
 Ciudades, valles, montañas,
 En la lobreguez sepulta;
 Y en el cuartel castellano
 Como siniestras y mudas
 Fantasmas, los caballeros
 Por los corredores cruzan.

Algunos de ellos sombríos
 Un triste lecho circundan,
 En una estancia pequeña
 Que tétrica luz alumbra.

Sobre una estera de iczotl¹
 De fino algodón y plumas,
 El infeliz Moteuczoma
 Delira con faz difunta.

Contra su pueblo insolente
 Imprecaciones murmura,
 Y nada mas que á su pueblo
 Su horrenda desgracia imputa.

¹ Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen, aun hoy día, finas esterás.

Siéntase de pronto atónito
 Sobre el lecho; se espeluzna,
 Y vé á Xoloe entre llamas
 Y entre torcidas columnas
 De humo denso, que le grita
 Y que lo llena de injurias;
 Y lo escarnece, riendo,
 Y de su dolor se burla.

— « Ya lo ves, Xoloe le dice,
 Cuán bárbara y cuán injusta
 Fué tu sentencia; ya miras
 Que mi prediccion te abruma.
 Y rie Xoloe; las llamas
 Por doquiera lo circundan,
 Y el duro artesón quemado
 Sobre él, al fin, se derrumba.

Con grande estrépido. Oye
 El rey un grito de furia,
 Que más que los aquilones
 Fiero en sus oídos zumba,
 Y una imprecación satánica
 Que se pierde en la confusa
 Niebla de la triste noche,
 Como su conciencia, oscura.

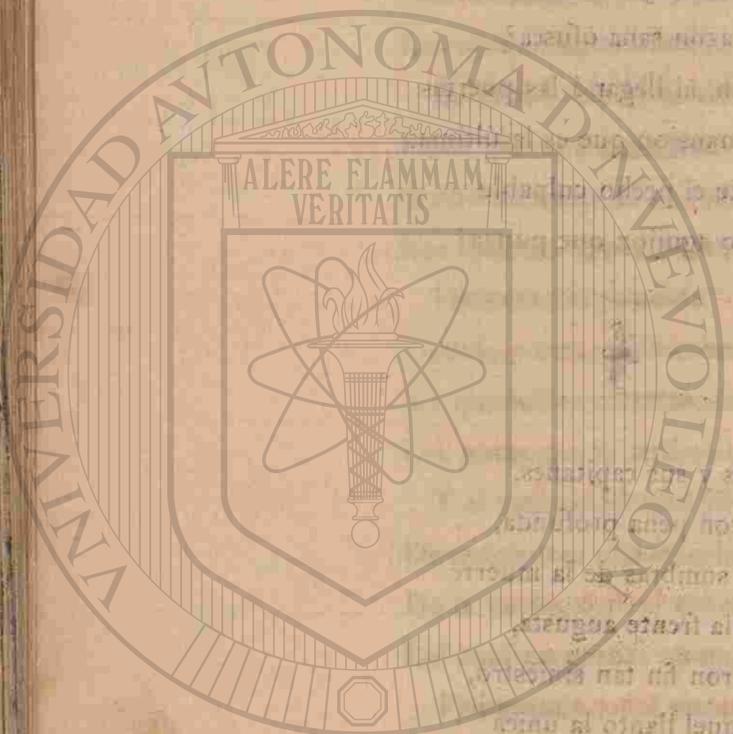
Postrado en el lecho cae,
 De frío sudor la adusta
 Frente cubierta, y abriendo
 Los ojos, el agua busca,
 La bebe y con torpe mano,
 Flaca, pálida y convulsa,
 Quiere arrancar de su mente
 Las visiones que la turban.
 En vano; la pesadilla
 Vuelve, y otra, y otras muchas,
 Sin que hallen término dulce
 Las penas que le atribulan.
 Y el treinta del mes Junio
 De quinientos veinte, á la una
 De la noche, dejó el mundo
 Del cual no gozara nunca.
 Fué grande y fué poderoso,
 Y justiciero; lo juzga
 Así la historia, aunque hay alguien
 Que de inhumano lo acusa.
 Acaso; pero si injusto
 Fué, en situaciones algunas,
 También era con su suerte
 Crüel la ciega fortuna.

¿Quién es aquel que gobierna
 Y un instante no tributa
 Triste homenaje á la ira
 Que la razon sana ofusca?
 ¿Quién, al llegar á las puertas
 De esa mansion que es la última,
 No siente el pecho culpable
 Con fiero aguijon que punza? . . .



Cortés y sus capitanes,
 Al ver con pena profunda,
 Con las sombras de la muerte
 Velarse la frente augusta,
 Lloraron fin tan siniestro,
 Y fué aquel llanto la única
 Ofrenda al régio cadáver,
 Sobre el polvo de la tumba.





EL ÚLTIMO AZTECA

À LA MEMORIA DE MI PADRE EL SR. LIC. D. JUAN PEON Y CANO.

ROMANCE I

Hernando Cortés al frente
De los españoles tercios,
Diezmados por Cuiclahuatzin
En una noche de duelo,
Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejército,
Tan implacable en sus odios,
Y al Anahuac tan funesto,



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A Tenuchtitlan con grandes
Y poderosos aprestos,
Al anochecer de un día
Le pone el último cerco.

Suena el tambor del Teocalli
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los montes
Repercuten á lo lejos:

«Guerra», difunden los aires,
«Guerra», repiten los ecos,
Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.

Todos á las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras
Llenan de fosos el suelo.

El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y á su fulgor los aceros

Brillan entre el humo denso;

Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo,
Y flechas, dardos y piedras.

El curso atajan del viento.

¡Gloriosos días de luto!
¡Gloriosos días aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!!

La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero,
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo;

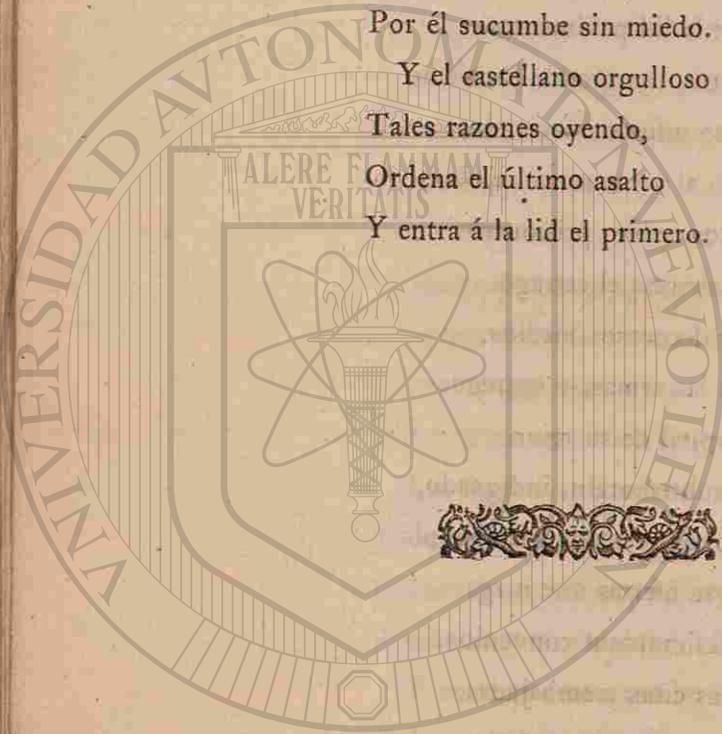
Pues Cuauhtemotzin la guarda
En instantes tan supremos,
Y jura á los mexicanos
Lidiar y morir con ellos!

Avanzan lentos los días
Y lento avanza el asedio;
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.

El astro azteca se eclipsa
 Envuelto en fúnebres velos,
 Y cunde entre los sitiados
 La angustia, no el desaliento.
 La tierra se ha convertido
 En un panteon inmenso,
 Y nadan en la laguna
 Los cadáveres sangrientos.
 Se oye de hambrientas mujeres
 El moribundo lamento,
 Y devorando á sus hijos
 Piden la muerte á los cielos.
 Los ancianos sacerdotes
 Y los valientes guerreros,
 Cruzan las calles inmundas,
 Sombríos y macilentos.
 Y tan espantoso cuadro
 Tal parece del infierno,
 A los resplandores fúnebres
 De las llamas del incendio.

Se difunde hasta los campos
 La fetidez de los muertos,
 Que insepultos en las calles
 Son de la lid pavimento.
 Cortés, tan grande heroísmo
 Y tanto infortunio viendo,
 Manda al rey una embajada
 Con dos nobles prisioneros.
 Pídele cese el estrago,
 Y por decorosos medios,
 Rinda las armas, y entregue
 La Capital de su reino.
 Cuauhtemotzin, indignado,
 De honor y constancia ejemplo,
 Rechaza ofertas que juzga
 Por deshonorosos convenios;
 Y las citas y embajadas,
 Y los constantes empeños
 Del conquistador, recibe
 Siempre digno, siempre fiero.
 Con el Cihuacoatl le envía
 A decir que está resuelto
 A sucumbir en la lucha
 Sin aceder á sus ruegos;

Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.
Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.

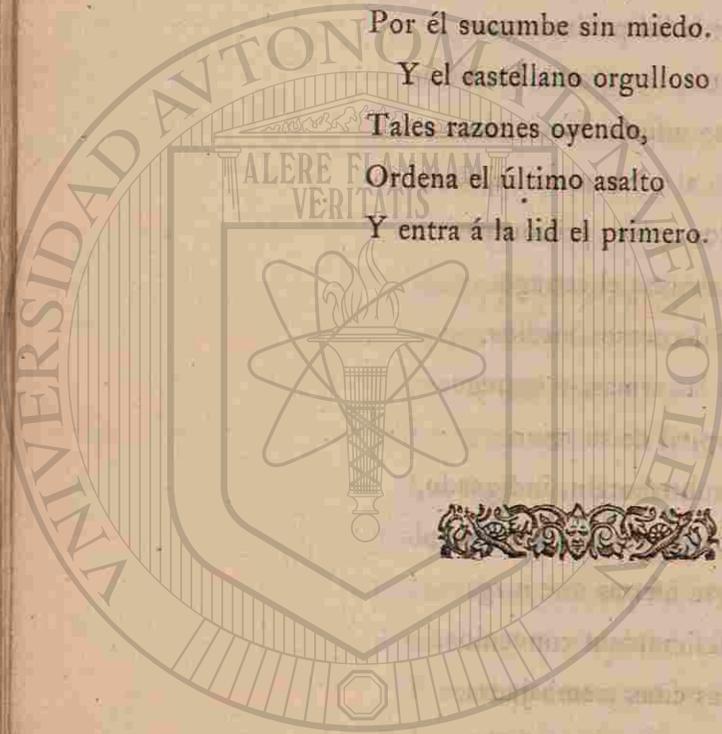


ROMANCE II

LA PRISION.

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.
Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nacion infelice
Las augustas libertades.

Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.
Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.



ROMANCE II

LA PRISION.

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.
Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nacion infelice
Las augustas libertades.

Cuauhtemotzin valeroso
 Resiste en plazas y calles,
 De su terrible enemigo
 Al escuadron formidable;
 Y resiste á sus empujes,
 Bien, como suele en los mares
 Acorazado madero
 De las olas el embate.
 No abandona sus trincheras
 Mas que cuando al suelo caen,
 Ni desampara sus fosos
 Sino henchidos de cadáveres.
 Empero, desesperado,
 Mira que la muerte abate,
 Como en los campos la chia
 Siega la hoz incansable,
 A la flor de sus guerreros,
 Murallas de su estandarte,
 Y á los nobles que pelean
 En torno suyo leales.

Comprende al cabo el monarca,
 Al comenzar una tarde,
 De angustia lleno por dentro,
 Por fuera de lodo y sangre,
 Que sus abatidas tropas,
 Escasas y miserables,
 Si combatiendo no mueren
 Víctimas serán del hambre.
 Con Tecuichpotzin su esposa,
 Que es de sus cuitas el ángel,
 Se acoge á débil piragüa,
 Presa el alma de coraje,
 Y al puerto de Tlaltelolco
 Vuela, sin imaginarse
 Que en él Sandoval lo espera
 Para impedir que se salve.

Cruzando van por el lago

Como bandadas de aves,
 En rápidos barquichuelos
 De todas formas y clases,

Cuauhtemotzin valeroso
 Resiste en plazas y calles,
 De su terrible enemigo
 Al escuadron formidable;
 Y resiste á sus empujes,
 Bien, como suele en los mares
 Acorazado madero
 De las olas el embate.
 No abandona sus trincheras
 Mas que cuando al suelo caen,
 Ni desampara sus fosos
 Sino henchidos de cadáveres.
 Empero, desesperado,
 Mira que la muerte abate,
 Como en los campos la chia
 Siega la hoz incansable,
 A la flor de sus guerreros,
 Murallas de su estandarte,
 Y á los nobles que pelean
 En torno suyo leales.



Comprende al cabo el monarca,
 Al comenzar una tarde,
 De angustia lleno por dentro,
 Por fuera de lodo y sangre,
 Que sus abatidas tropas,
 Escasas y miserables,
 Si combatiendo no mueren
 Víctimas serán del hambre.
 Con Tecuichpotzin su esposa,
 Que es de sus cuitas el ángel,
 Se acoge á débil piragüa,
 Presa el alma de coraje,
 Y al puerto de Tlaltelolco
 Vuela, sin imaginarse
 Que en él Sandoval lo espera
 Para impedir que se salve.



Cruzando van por el lago
 Como bandadas de aves,
 En rápidos barquichuelos
 De todas formas y clases,



Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca,
Del incendio y del pillaje.

Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exíguo embarcadero
De Tlaltelolco, y que pasen
Impide á los fugitivos
Que en tan apurado trance,
Al remo, tan solo, fian
Sus vidas y sus caudales.

Cuauhtemotzin llega al puerto
Mas no sin que lo rechacen,
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.
Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas, burlase
Su piragüa la custodia
De los rudos capitanes;

Y veloz como las garzas, y
Hiende los rojos cristales
De la laguna; ya libre
De su enemigo juzgándose.

Pero García de Holguin,
Que en las insignias reales
Le ha conocido, bien pronto
Con su escuadra le da alcance.

Entonces el rey, del fondo
De su embarcacion alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;

De su pecho en lo profundo,
Porque á su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.

Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,

Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguin con voz grave:

«Soy tu prisionero; solo

Pido que á la reina trates

Cual corresponde á su sexo,
Su condicion y su clase.»

Y pasando con su esposa
A la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.



Que en las tinieblas
Le ha cobijado
Con su cenizas
En el fondo
De su imitación
Dirige
Una mirada
De su rostro
Porque
Guarda un dolor
Dentro de su pecho
Sus flechas arroja
Su lanza pedruzca
Y echando al agua las rejas

La boca a la gloria
K y un
Pido que a la reina
Cual corresponde a su sexo
En condiciones

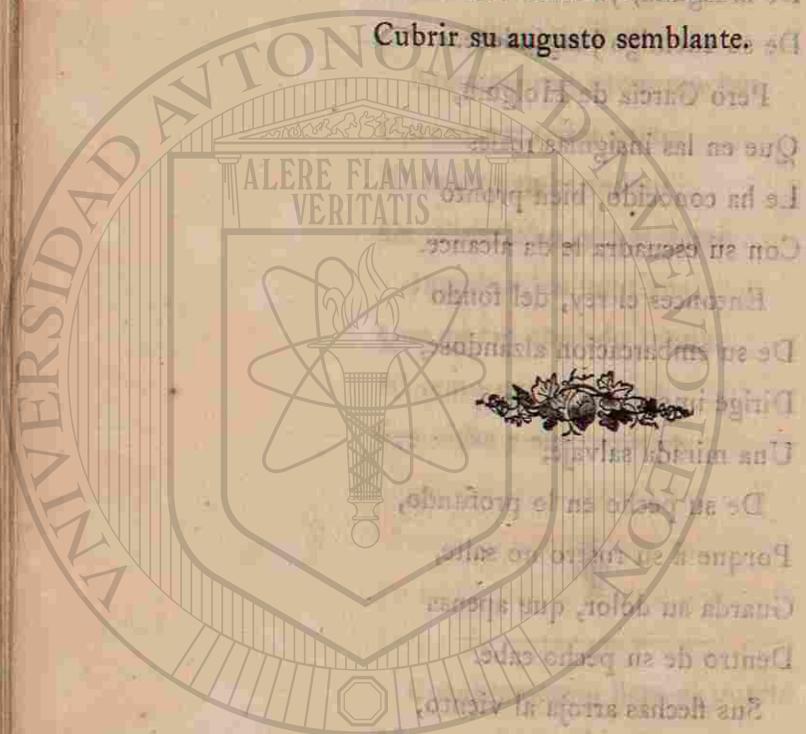
A su dulce prisión
Henando Cortés espera
De gozo inmensa
Y de caros instantes
Al fin aparece el héroe
Y con tanto paso llega
A su vecedor que fuera
Le saludó y se le acercó

ROMANCE III

Excelsa el inobediencia
Hizo por mi sagrado tronco
Y de mi pueblo en detras
Mas se alio favor los dioses
Me negaron y aun me negaron
Ya estoy en las manos
Hacer de mi lo que quisiera

Algunas horas más tarde,
En una grande azotea,
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,
En medio á la cual no ha mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,

Y pasando con su esposa
A la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.



Que en las tinieblas
Le ha coexistido
Con su consorte
En el fondo
De su habitación
Dirige
Una mirada
De su rostro
Porque
Guarda un dolor
Dentro de su pecho
Sus flechas
Su lanza
Y echando
La dice
Pido
Cual
En

A su frente
Henando Cortés
De gozo
Y de caros
Al fin
Y con tanto
A su alrededor
Le saludó

ROMANCE III

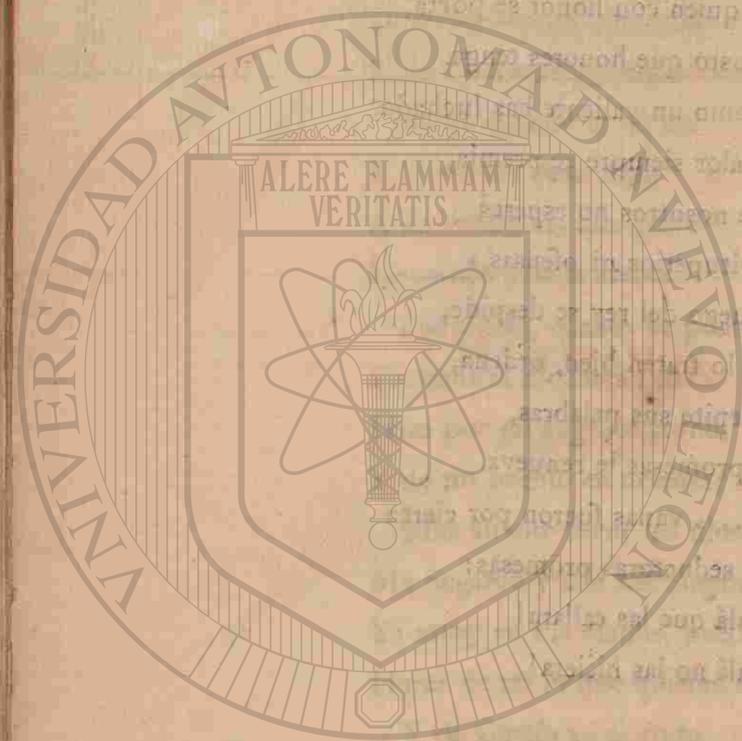
Excelsa
Hizo por
Y de mi
Mas se
Me negaron
Ya estoy
Hacer de

Algunas horas más tarde,
En una grande azotea,
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,
En medio á la cual no ha mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,

A su ilustre prisionero
 Hernando Cortés espera,
 De gozo intenso abrumado
 Y de curiosa impaciencia.
 Al fin aparece el héroe,
 Y con lento paso llega
 A su vencedor, que grave
 Le saluda y se le acerca.
 « Malitzin, cuanto he podido,
 Exclama el monarca azteca,
 Hice por mi augusto trono,
 Y de mi pueblo en defensa;
 Mas su alto favor los dioses
 Me negaron y aun me niegan:
 Ya estoy en tus manos, puedes
 Hacer de mí lo que quieras.»
 Y de Cortés en el cinto
 Viendo un puñal, «ó con esa
 Arma quítame la vida,
 Que es para mí tan molesta,»
 Añade, y retrocediendo
 Algunos pasos, espera
 Con majestad soberana,
 Del vencedor la respuesta.

Entonces el Castellano
 Le dice afable: « No temas,
 Que quien con honor se porta,
 Es justo que honores tenga.
 Como un valiente has luchado,
 El valor siempre se premia,
 Y de nosotros no esperes
 Ni vituperios ni ofensas.»
 Luego del rey se despide,
 Que lo traten bien, ordena,
 Le repite sus palabras,
 Sus promesas le renueva.
 Y... vanas fueron por cierto
 Tan seductoras promesas:
 ¡Ojalá que las callara!
 ¡Ojalá no las hiciera!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ROMANCE IV

EL TORMENTO.

¡No hay botín! la soldadesca
Con la victoria, no obtiene
El tan anhelado fruto
Después de tantos reveses.
Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlan desaparece,
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.

Los vencedores altivos
 El tiempo en buscarla pierden,
 Y en insaciable codicia
 Escudriñan cuanto pueden.
 ¿En dónde están las riquezas
 Que sorprender tantas veces
 Soñaron en los palacios
 De aquel fabuloso oriente?
 Murmuran los españoles,
 Y murmuran de su gefe,
 Que á Cuauthemotzin no obliga
 A que declare ó revele
 En dónde guarda la tierra,
 Dónde sepultados tiene
 Los podigiosos tesoros
 Que apilaron tantos reyes.

Cortés las quejas escucha
 De sus tropas, mas previene
 Que no se ultraje al monarca,
 Y se le estime y respete;

Hasta que á su oído llegan,
 Viles rumores que ofenden
 A su honor, y su decoro
 En lo mas sensible hieren.
 Entonces, y en mala hora,
 Para ese honor que pretende
 Guardar limpio, á las hablillas
 De la muchedumbre cede;
 Y entregar al rey dispone
 A la caterva insolente,
 Sedienta de oro, y hechura
 Del tesorero Alderete,
 Ser que de avaros instintos,
 Más que ninguno, sostiene
 La depravada avaricia
 De aquella hidrópica gente,
 Que del monarca ya dueña,
 Para que al mundo confiese
 Dónde sus tesoros guarda,
 Darle tortura resuelve.

Ya las gasas nocturnales
 Sobre los mundos se tienden
 A la postrer llamarada
 Del incendio de Occidente.
 El arcángel de la noche
 Los célicos cirios prende,
 Las flores abren su cáliz,
 Las auras en ellos duermen.
 Su viaje postrer las aves
 De las montañas emprenden,
 Llevando su óbolo último,
 Al débil nido que tejen.
 Mansa la niebla y tranquila
 Sobre los llanos descende,
 Y plegan las mariposas
 Lánguidas las alas leves.
 Todo convida al reposo
 En aquella hora solemne,
 Todo es tierno, todo es dulce,
 Todo es tristemente alegre.
 Empero en esos instantes
 De misterioso deleite,
 Entre las sombras un crimen
 Se prepara lentamente.

En una estancia pequeña,
 A la luz mísera y tenue
 De un viejo candil mohoso,
 Que de un bajo techo pende;
 Con el fúnebre aparato
 Que el caso horrible requiere,
 Se ha preparado el tormento
 Que el noble rey sufrir debe.
 Ante una mesa cubierta
 De un encarnado tapete,
 Con duro ademán siniestro
 Están sentados tres jueces;
 Enhiesto y enmascarado
 Se mira de ellos enfrente,
 Un verdugo, aunque verdugos
 Eran todos los presentes,
 Y al través de las rendijas
 De una estera que mantiene
 La puerta oculta, y á un patio
 Dá segun lo que parece,

Pues de vez en cuando el aire
 A bocanadas la mueve,
 De una hoguera gigantesca
 Se mira el fulgor perenne,
 Y de espadas y rodelas,
 Cascos, corazas, broqueles
 Y lanzas, se ven por último,
 Tapizadas las paredes.

Dos enlutados sayones
 Conducen al rey en breve,
 Al cual sigue un tlaxcalteca
 Que ha de servirles de intérprete.
 A interrogarle comienzan
 Y sorprenderlo pretenden,
 Y de cuanto le pregunten
 Le intiman que nada niegue.
 Pero el famoso caudillo,
 Que no temió ni á la muerte,
 En el silencio se obstina,
 Como si de mármol fuese,

Y rabiosas y cansadas
 Aquellas furias crueles,
 De la enérgica entereza
 De su víctima inocente,
 Se apoderan de ella al punto,
 Con vil alma y faz alegre;
 Entrambas manos le fijan
 A la espalda fuertemente;
 Y sujetándole á un potro
 Con vigorosos cordeles,
 Los desnudos piés le bañan
 Con resina y con aceite;
 Y bajo de ellos, muy cerca,
 Un vivo fuego sostienen,
 Para que en duro martirio
 Se calcinen lentamente.

El cacique de Tlacopan,
 A quien le cabe igual suerte,
 Se torna á su rey, y en ayes
 Su dolor le hace presente.

Cuauthemotzin, que sin calma
Le escucha, el semblante vuelve
Hacia él, y con duras frases,
Indignado, lo reprende:

« ¿ Piensas que estoy en un baño
O entregado á algun deleite? »

Le dice, y su labio frio
Como en antes enmudece.

¡ Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende,
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!

Llega á Cortés la noticia
De la obstinacion del héroe,

Su valor extraordinario

Estima en lo que merece;

Y reflexionando, acaso,

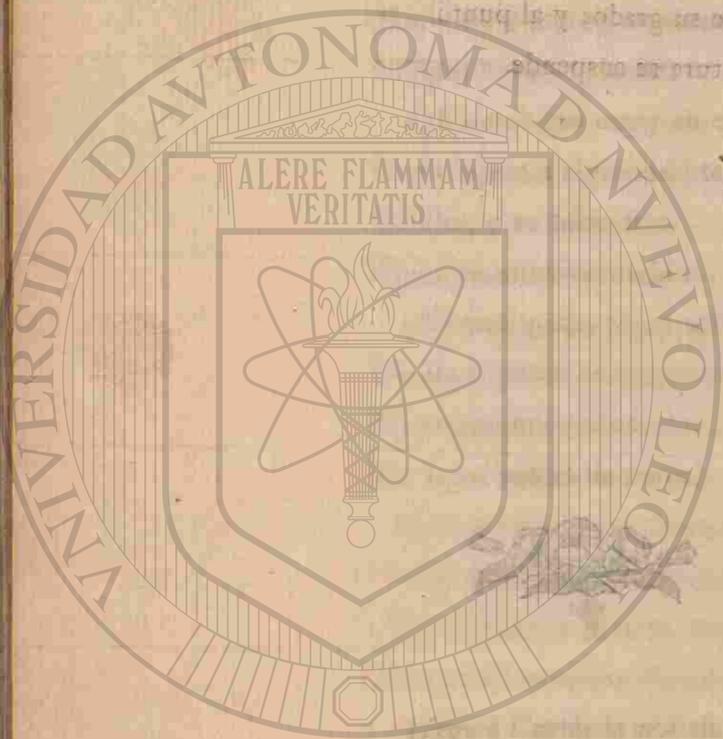
En lo que al honor se debe,

Con órdenes terminantes

Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado; y al punto
La tortura se suspende.





ROMANCE V

EL SUPLICIO.

Marcha Cortés para Honduras,
Donde Olid se le revela,
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.
Lleva con él una parte
De la legion Tlaxcalteca
Y á Cuauthemotzin con otros
Tambien prisioneros, lleva.

Pues dejándole en Anáhuac,
Deja su victoria expuesta
Al prestigio que el monarca
Aún en su Imperio conserva.

Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlan se aleja.
Al llegar á sus confines
Torna la vista hácia ella,
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.
Acaso un presentimiento

En su corazon se alberga,
Que al mirarla, se figura
Que no ha de volver á verla.
El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.

Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.

Y se agolpan á su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.

Las que anidaba su pecho
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.

¡Pero ellas acaso un día
Han de retornar contentas!
Mas sus esperanzas, nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!

¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolacion contempla!

Allí gozó en otro tiempo
De las caricias paternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas.

Allí perdió en un segundo
 Sus ilusiones postreras,
 Allá vertieron su sangre,
 Allí derramó la agena.
 Más allá vió su corona
 Hecha pedazos en tierra.
 Y allí no ha de volver nunca.
 ¡Nunca! para recogerla.
 Todo eso en un breve punto
 A sus ojos se presenta,
 Y nublados por las lágrimas
 Los baja al suelo, los cierra,
 Como si dentro de su alma,
 Viéndolo todo siguiera;
 Y de aquel sitio arrancándose,
 Prosigue su marcha lenta.

A la provincia de Aculam,
 Despues de jornadas luengas,
 De miserias y trabajos,
 Cortés y los suyos llegan.

En este lugar le anuncian
 Que formidable y secreta
 Conjuracion, ya sus redes
 Extiende entre los aztecas.
 Que es Cuathemotzin el gefe
 Torpe lengua le revela,
 Y que ha de estallar bien pronto,
 Si pronto no lo remedia.
 Temeroso el castellano,
 Dá la noticia por cierta,
 Al régio cautivo juzga,
 Y á la muerte lo condena.

Húmeda está la mañana,
 Pálida amanece, y niega
 El sol sus rayos de oro
 Y su esplendor á la esfera.
 Dispersas al pié de un monte
 Se ven las humildes tiendas
 De un campamento, y á trechos
 Aun las fogatas humean.

Sobre la tienda mas alta,
 El pendon de España ondea,
 Señor de cielos tan puros
 Y de tan vírgenes selvas;
 Pendon que del mundo todo
 Soberbio se enseñorea,
 Lástima es que sus colores
 Un instante se oscurezcan.
 Lástima es que en mala hora
 Con sangre entinten su tela,
 Sangre de un rey inocente
 Que sube á la horca á perderla.
 A la orilla de un camino,
 Que no lejos atraviesa,
 Majestuosa y elevada
 Sus ramas tiende una ceiba;
 Y de una de ellas robusta,
 Está pendiente una cuerda,
 En cuyo extremo flotante
 Una lazada está hecha.
 Mas de doscientos guerreros
 El árbol triste rodean,
 Y ellos y el suplicio infame
 A Cuauthemotzin esperan.



Al fin, aparece el reo,
 Y su noble faz risueña,
 Indica que el miedo nunca
 Morada en su seno encuentra.
 Y mirando allí á Cortés,
 Que á duras penas sujeta
 El inestimable brío
 De un yegua cordobesa,
 A él se dirige, y con calma
 Sus promesas le recuerda,
 Y de tan grande injusticia
 Amargamente se queja.
 Se queja, mas no le pide
 Perdon, que pedirlo fuera
 Indigno de quien ha dado
 De su altivez tantas muestras.
 « De lo que hoy haces conmigo
 Por una infame sospecha,
 Piensa, le dice, que al cielo
 Has de dar estrecha cuenta. »

Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.

Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregon; el verdugo
Del monarca se apodera;
Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.

FIN

INDICE.

LA RUINA DE AZCAPOTZALCO.

	PAG.
Romance I.—Ixtilxochitl—El proscrito.....	5
” II.—El ensueño.....	15
” III.—Nanche.....	29
” IV.—La hospitalidad.....	37
” V.—La emboscada.....	51
” VI.—Nezahualxochitl.....	59
” VII.—La muerte del tirano.....	67

TEZCOTZINCO.

Romance I.....	73
” II.....	80

EL SEÑOR DE ECATEPEC.

Romance I.....	85
” II.....	89
” III.....	95
” IV.....	99

Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.

Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregon; el verdugo
Del monarca se apodera;
Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.

FIN

INDICE.

LA RUINA DE AZCAPOTZALCO.

	PAG.
Romance I.—Ixtilxochitl—El proscrito.....	5
” II.—El ensueño.....	15
” III.—Nanche.....	29
” IV.—La hospitalidad.....	37
” V.—La emboscada.....	51
” VI.—Nezahualxochitl.....	59
” VII.—La muerte del tirano.....	67

TEZCOTZINCO.

Romance I.....	73
” II.....	80

EL SEÑOR DE ECATEPEC.

Romance I.....	85
” II.....	89
” III.....	95
” IV.....	99

TLAHUICOLE.

	PAG.
Romance I.— El prisionero.....	103
„ II.— La orden.....	113
„ III.— El suplicio.....	117

MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN.

PRIMERA PARTE.

Romance I.— El astrólogo.....	125
„ II.— Los funerales.....	135
„ III.— La revelacion.....	145

SEGUNDA PARTE.

Romance I.— La recepcion.....	159
„ II.— La prision.....	169
„ III.— El combate.....	177
„ IV.— El delirio.....	185

EL ULTIMO AZTECA.

Romance I.— El sitio.....	189
„ II.— La prision.....	197
„ III.— La entrevista.....	203
„ IV.— El tormento.....	207
„ V.— El suplicio.....	217

ERRATAS.

Pag.	30,	lin.	20,	dice:	“lánguida”	léase:	pálida
„	83	„	3	„	“Nezahualpilli”		Nezahualpilli.
„	89	„	8	„	“medolicos”	„	melódico.
„	127	„	11	„	“ttilxochitl”	„	Ttilxochitl.
„	132	„	7	„	“manatiado”	„	maniatado.
„	163	„	18	„	“Y como un rey abatido,”	„	Como su rey abatido,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

